

EL ESPACIO FÍSICO DEL MUNDO ANTIGUO: SUS CARACTERÍSTICAS GENERALES EN LA *INTRODUCTION À L'HISTOIRE UNIVERSELLE* DE JULES MICHELET

*The physical space of the ancient world: its general
characteristics in Jules Michelet's Introduction à l'Histoire
Universelle*

Simón Vladimir PÉREZ MEDINA
Universidad de Los Andes (ULA)
simonvladimir@gmail.com

Fecha de recepción: 31/12/2024
Fecha de aceptación: 12/01/2026

RESUMEN: El objetivo es determinar los rasgos comunes de los territorios presentes en la exposición de las civilizaciones pertenecientes a la Antigüedad, contenidos en la *Introduction à l'histoire universelle* de Michelet. Uno de ellos es la condición de parte de la naturaleza y su movilidad relativa; existen otras características poseídas por todas las zonas geográficas mencionadas, como la de ser lugares donde se desarrolla la lucha contra la naturaleza –salvo el caso de la India–, la cual, aparte de poseer una dirección este-oeste, pone de manifiesto la distinta aptitud de aquellos para el movimiento. Además, existe una presentación dual de las civilizaciones antiguas y, por ende, de sus territorios, en el marco de la contraposición de los continentes europeo y asiático, lo cual permitió a Michelet comparar sus atributos que, en algunos casos, dieron lugar a expresiones metafóricas cargadas de simbolismo.

Palabras clave: geografía; antigüedad; características generales; *Introduction à l'histoire universelle*; Michelet.

ABSTRACT: The aim is to determine the common features of the territories present in the exhibition of ancient civilizations contained in Michelet's *Introduction à l'histoire*

universelle. One of them is the condition of being part of nature and its relative mobility; there are other characteristics possessed by all the geographical areas mentioned, such as being places where the struggle against nature takes place –except in the case of India– which, apart from having an east-west direction, reveals the different aptitude of those for movement. In addition, there is a dual presentation of ancient civilizations and, therefore, of their territories, within the framework of the contrast between the European and Asian continents, which allowed Michelet to compare their attributes that, in some cases, gave rise to metaphorical expressions loaded with symbolism.

Key words: geography; antiquity; general characteristics; *Introduction to universal history*; Michelet.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de las siguientes páginas es determinar los rasgos comunes de las regiones o zonas geográficas donde se ubicaron los pueblos de la Antigüedad contenidos en la *Introduction à l'histoire universelle* de Jules Michelet. Las primeras páginas de esta, destinadas a explicar la lucha del hombre contra la naturaleza durante la historia antigua, muestran la interacción del ser humano con una parte de aquella, específicamente, la geografía física, razón por la cual aparecen referencias a los paisajes donde se asentaron los antiguos pueblos de la India, Persia, Egipto, Judea, Grecia y Roma. Tales territorios presentan pluralidad de rasgos, algunos comunes y otros específicos de cada uno; entre los primeros se encuentran la pertenencia a la naturaleza, la movilidad relativa del paisaje, la condición de escenario del recorrido este-oeste de la lucha del hombre contra la naturaleza, la contraposición y las dualidades entre regiones, sus similitudes con seres animados –en el caso de Europa, y más concretamente, de Francia, con un ser humano– y su diversa aptitud para el movimiento.

Para alcanzar aquel objetivo serán utilizadas dos metodologías, por una parte, una de corte analítico la cual será aplicada a las ideas expuestas en aquella publicación con el fin de determinar tales rasgos; esta tarea tomará en consideración criterios ofrecidos por quienes previamente han estudiado la obra de Michelet, entre los cuales destacan Monod y Viallaneix, así como también Petitier, algunas de cuyas investigaciones ocupan un lugar especial por haber centrado su atención en los aspectos geográficos del pensamiento de aquel historiador francés del siglo XIX. Por otra parte, será utilizada una metodología sistémica que permitirá un breve acercamiento al ambiente cultural de la época y, eventualmente, facilitará la comparación de los criterios expuestos por el autor en las páginas que conforman la obra con los poseídos por otros investigadores de la historia, de los cuales gozarán de atención preferente los contenidos en obras de historia universal.

La exposición comenzará con el señalamiento de dos rasgos pertenecientes al espacio físico presentes a lo largo de toda la narración sobre la historia antigua contenida en la mencionada obra, los cuales poseen un carácter básico ya

que sirven de fundamento a los demás que serán estudiados: en primer lugar, su condición de parte de la naturaleza y, en segundo lugar, su movilidad relativa. Como la relación entre geografía y movimiento no se agota en estos aspectos, posteriormente se tratará acerca de la dirección del último en la lucha contra la naturaleza. Además, se atenderá cómo –con motivo de este combate y de su movimiento hacia occidente– Michelet presentó diversas civilizaciones del mundo antiguo y sus regiones de una manera dual, contextualizadas en el amplio marco de la contraposición de los continentes europeo y asiático; y cómo ello permitió la comparación de sus distintos atributos, algunos de los cuales dieron lugar a expresiones metafóricas cargadas de simbolismo. Por último, se abordará cómo la mencionada relación entre geografía y movimiento queda en evidencia en las diferentes capacidades para este último, poseídas por distintos territorios.

2. LA GEOGRAFÍA ES PARTE DE LA NATURALEZA EN LA NARRACIÓN SOBRE LA ANTIGÜEDAD CONTENIDA EN LA *INTRODUCTION À L'HISTOIRE UNIVERSELLE*

En la *Introduction à l'histoire universelle*¹, Michelet considera que la geografía es una parte de la naturaleza; por esta razón es necesario indagar el sentido del término *nature*, el cual no aparece señalado con precisión en las páginas de aquella, sin embargo, pueden ser encontradas breves informaciones que, a pesar de no permitir su definición estricta, posibilitan una aproximación a su significado; entre ellas, la siguiente: «... tant que la volonté humaine se roidira contre les influences de race et de climat...» (Michelet, 1831: 6). Más adelante, pueden ser leídas las siguientes palabras: «... vous voyez à chaque station diminuer la puissance fatale de la nature, et l'influence de race et de climat devenir moins tyrannique» (Michelet, 1831: 7). También, respecto de la India, Michelet escribió: «... dans l'Inde, au berceau des races...» (Michelet, 1831: 7) y sostuvo con relación a Roma: «La présence de deux races dans les mêmes murs...» (Michelet, 1831: 17)². Estas frases permiten apreciar que, aparte de la geografía física –a la que pertenecen los elementos climáticos señalados por el estudioso francés–, la naturaleza está formada por los componentes biológicos del ser humano, los cuales fueron designados por Michelet con la denominación generalista de *race* –tal como admite Viallaneix (1995: 256)–, concepto muy extendido en el siglo XIX (véase Murphy, 2005: 2) –e, incluso, utilizado en el XX–³, al punto de haber desempeñado un

1. La misma *Introduction à l'histoire universelle* indica que fue publicada en el mes de abril del año 1831, esta información puede ser encontrada en pluralidad de publicaciones como Marques dos Santos, 2001: 165. Por otra parte, Schreiner, 2005: 291, precisa que fue el primero de abril de 1831.

2. Véase Carroll, 1998: 119.

3. Ejemplo de ello es su uso por parte de Henri Berr en el prefacio titulado «Action du milieu et exploitation de la Terre» de la obra de Lucien Febvre llamada *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire* (Berr, 2006).

rol importante en el debate político efectuado durante la Restauración (Crossley, 1993: 204). Ahora bien, si el cuerpo humano y el medio ambiente son partes de la naturaleza, esta es esencialmente el mundo material o físico. Dicha concepción perteneció al ambiente cultural de la época en que vivió Michelet, pues durante los siglos XVIII y XIX una importante corriente de opinión homologó el espacio con el elemento natural, es decir, físico (Aliste y Nuñez, 2015: 292); sin embargo, tal significado no coincide plenamente con el poseído por el término heleno Φύσις –de gran importancia desde los orígenes del quehacer filosófico y del que proviene el recién mencionado adjetivo *físico*– ya que, si bien puede ser traducido al castellano como *naturaleza*, *naturaleza corporal*, *condiciones naturales* –por ejemplo, la *sangre* y el *sexo*–, *universo*, *raza* y *especie*, también comprendía al *alma* o *elemento espiritual*, el cual no forma parte del concepto *nature* utilizado por Michelet.

En el establecimiento de algunas notas de su significado es útil la afirmación de la existencia de un combate «... de l'homme contre la nature...» (Michelet, 1831: 5)⁴, la cual pone en evidencia la influencia de Vico (Gossman, 2010: 21; Petitier, 1997: 71), señalada por Viallaneix (1971: 103), quien también recuerda que el estudioso francés se consideraba discípulo de aquel (Viallaneix, 1975: 51). El hombre lleva a cabo esta confrontación a pesar de que su propio cuerpo forma parte de la naturaleza, y la dirige particularmente contra la influencia que esta ejerce sobre él mismo –y cuya existencia fue admitida expresamente por Michelet (Michelet, 1831: 6)–⁵. Tal criterio lleva implícita una peyorativa concepción del cuerpo humano, poseedora de un largo recorrido en la historia de la cultura, al haber formado parte de los pensamientos platónico y cristiano e integrado la visión de los estoicos. Además, tal enfrentamiento y la pertenencia del cuerpo humano al ámbito de la naturaleza implican –de alguna manera– un alejamiento de la concepción hilemórfica, mientras la afirmación de que aquel combate constituye la lucha de «... de l'esprit contre la matière, de la liberté contre la fatalité...» (Michelet, 1831: 5)⁶ –posteriormente, de la oposición de los dos últimos elementos se hizo eco Monod en su obra *Renan, Taine, Michelet* (Monod, 1894: 193-194)– permite suponer que la idea de *persona* poseída por Michelet goza de influencia cartesiana, específicamente, del *yo* planteado por Descartes –a pesar de haberse separado de este en otros aspectos, en buena parte debido a la notable influencia de Vico (Belaval, 1968 y Donzelli, 1981:638)– y se encuentra emparentada con la noción de *res cogitans* contenida en la filosofía de Spinoza, mientras la de *res extensa* está asociada a la de *nature* expuesta en la *Introduction à l'histoire universelle*.

4. Esta concepción de Michelet ha sido recordada por Gossman, 1974: 504; Monod, 1923: 210; Orr, 1976: 12; Petitier, 2013: 68; Petitier, 1997: 26 y Viallaneix, 1979: 4. También defienden este punto de vista Crossley, 1993: 200 y 211; y Séginger, 2019: 3.

5. Han recordado esta visión: Berréhar, 1997: 24; Gossman, 2010: 10; y White, 1992: 150.

6. Véase, al respecto: Crossley, 1993: 224; Pérez Medina, 2024: 207.

La última frase citada también muestra con claridad los dos contrincantes de aquel combate, por una parte, la unidad hombre-espíritu-libertad y, por la otra, la unidad naturaleza-materia-fatalidad (Petitier, 1997: 26), donde se encuentra incluida la geografía. Michelet llamó *fatalidad* a la ausencia de libertad, es decir, ubicó «... sous cette dénomination générale tout ce qui fait obstacle à la liberté» (Michelet, 1831: 77) y la concibió como una nota esencial del concepto *naturaleza* que, por tanto, también impregna el espacio geográfico; ahora bien, la oposición entre fatalidad y libertad, y la presencia de aquella en lo material o físico, permitió reconocer que la última –es decir, su contraria–, por un lado, impera en el espíritu, haciendo del hombre su bastión y, por otro, se identifica con el mundo artificial (Nacci, 2020: 132). Además, debido a la carencia de libertad, el elemento material es de carácter determinado y se encuentra constreñido a ser de una cierta manera y no de otra, a comportarse de acuerdo a lo establecido en virtud de unas reglas fijas, de unas leyes naturales que lo esclavizan y lo obligan a tener un desempeño mecánico.

Tal relación entre *naturaleza* y *fatalidad* permite comprender los señalamientos efectuados por Monod acerca, por una parte, de la presencia de esta última en el clima y la raza y, por otra, de la modificación del carácter de los hombres y sus actividades por las condiciones geográficas, tanto por las facilidades ofrecidas como por las dificultades opuestas (Monod, 1923: 199). Esta opinión ha sido defendida en tiempos recientes por Nacci, quien ha sostenido que la mencionada *fatalidad* guarda correspondencia con la *naturalidad*, es decir, con elementos físicos tales como el suelo, el clima y la raza, los cuales participan en la formación del carácter de los seres humanos (Nacci, 2020: 126). Así, la fatalidad es un rasgo de la naturaleza –y, por ende, de la geografía– que la obliga a conducirse despóticamente, incluso, frente al hombre quien en algunos lugares estuvo sometido a ella; este criterio fue expresamente señalado por Michelet con las siguientes palabras: «... l'action absorbante de la nature physique sur l'homme...» (Michelet, 1831: 6). Sin embargo, la naturaleza finalmente cae derrotada, pues, si bien la historia comienza como geografía, lo que permite al suelo y al clima imponerse al ser humano adquiriendo un carácter determinante, progresivamente este se aparta de tales elementos materiales y se espiritualiza –muestra de ello es el surgimiento de la política y la moral–, lo cual constituye el triunfo sobre la fatalidad que ocurre en tierras francesas (Nacci, 2020: 126). Esta visión de la naturaleza, defendida por Michelet durante los días que escribió la *Introduction à l'histoire universelle*, no puede ser considerada exclusiva de su pensamiento por cuanto fue acogida en la época de la Ilustración (Duque, 2014: 8) y defendida por hombres de la talla de Wilhelm von Humboldt (Palacio, 2005: 43), Alexander von Humboldt y Ritter (Gómez Mendoza, Muñoz Jiménez y Ortega Cantero, 1982: 27); incluso, ha contado con defensores en tiempos relativamente recientes⁷.

7. Ejemplos de ello han sido señalados por Castillo Sarmiento, Suárez Gélvez y Mosquera Téllez, 2017: 354; Cudris-Guzmán y Rucínque, 2003: 68; Ellacuría, 1990: 124; Gómez Mendoza, Muñoz Jiménez y Ortega Cantero, 1982: 22; Leszczyna, 2021: 34; y Sanz Merino, 2008: 98.

3. EL CARÁCTER MOVIBLE-NO MOVIBLE O MOVILIDAD RELATIVA DEL ESPACIO FÍSICO DE LA ANTIGÜEDAD

La segunda característica del espacio físico es el carácter movable-no movable del paisaje, contrariedad que evidentemente se inspira en la filosofía de Heráclito (Diels y Kranz, 1960; Marcovich, 1967, y, entre la copiosa bibliografía, pueden ser mencionadas algunas historias de la filosofía como Copleston, 2001: 52 y ss.; Fraile, 1997: 171; Hirschberger, 1954: 17 y ss.). En esta obra del estudioso francés se aprecia la inmovilidad del medio ambiente, en el sentido de que el espacio geográfico siempre está allí y se mantiene a lo largo del tiempo; o, en otros términos, independientemente del transcurso de los siglos, los lugares permanecen y los accidentes geográficos más relevantes mantienen su existencia; ejemplo de ello son las siguientes palabras de Michelet: «... Alpes n'ont pas grandi...» (Michelet, 1831: 6). Una afirmación como esta tenía plena razón de ser en el siglo XIX, cuando todavía faltaba mucho tiempo para el planteamiento de teorías como la *deriva continental* de Wegener (Yount, 2009; Frankel, 2012a, de esta obra sobre todo el capítulo 2 titulado «Wegener and Taylor develop their theories of continental drift», el capítulo 3 llamado «Sub-controversies in the drift debate: 1920s-1950s» y el capítulo 4 titulado «The mechanism sub-controversy: 1921-1951») y la *tectónica de placas* (Cox y Hart, 1986; Frankel, 2012b). Además, tal cualidad estática permite suponer que, en este caso, el ambiente físico constituye una *categoría a priori* y no un *concepto históricamente datado* (siguiendo la terminología utilizada por Silveira, 2013: 22).

Sin embargo, a esta concepción no puede atribuirse carácter absoluto por cuanto ocurren cambios constantes en la naturaleza, así los animales se mueven mientras los árboles son movidos por variedad de causas como el viento, sin olvidar que hasta los seres carentes de vida también presentan movimientos como los casos de los volcanes que hacen erupción y los ríos que modifican los paisajes con relativa frecuencia; esta realidad es tan clara que Michelet lejos de negarla, por el contrario, acertadamente la reconoció pocas líneas después de manifestar las palabras recién citadas, indicando a manera de ejemplo que la «... vague et le vent ne sont pas moins capricieux...» (Michelet, 1831: 6-7). Cabe señalar que este criterio cuenta entre sus antecedentes la visión de Buffon, según la cual el mundo viviente era dinámico (Urteaga, 1993: 12).

Este no es el único sentido de movilidad geográfica contenido en la *Introduction à l'histoire universelle*, ya que la manera en que Michelet presentó la dimensión espacial de los hechos históricos dista bastante de la concepción de espacio geográfico como lugar inerte, muerto y no dialéctico (Delgado, 2001: 39), que soporta pasivamente la realización de los diversos sucesos del ser humano, a manera de simple y silente telón de fondo –o, en términos de Hernán Zapata, el territorio como un simple escenario (Hernán Zapata, 2016: 127)–, la cual imperó

en el mismo siglo XIX (Aliste y Nuñez, 2015: 287)⁸; a esta visión del espacio aludió Foucault estableciendo la comparación con una «... tela inmóvil sobre la cual pinta, o quizá se ha pintado ya hace tiempo y para siempre, un retrato que jamás se borrará» (Foucault, 1968: 15. Véase, también: Aliste y Nuñez, 2015: 292). En el pensamiento de Michelet manifestado en aquella obra, la geografía no es un espacio inerte –por cuanto efectivamente influye en las acciones del hombre– ni tuvo el sentido otorgado en tiempos posteriores según el cual

... el espacio deja de ser algo ajeno al sujeto observador para transformarse en el resultado de su interpretación, definición que, y esto es lo clave, no surge sola o individualmente sino en un contexto sociocultural. De este modo, el espacio ha pasado, no sin altibajos, a comprenderse bajo la lógica de una representación social que no es constante ni única y, por lo mismo, lo ha llevado a alejarse de las concepciones idealistas decimonónicas donde «lo geográfico» correspondía solo al «objeto» frente a un sujeto puro e incontaminado. (Aliste y Nuñez, 2015: 288)

En los tiempos cercanos al año 1830, Michelet consideró que el lugar donde las personas llevan a cabo sus acciones, debido a su condición de parte de la *naturaleza*, posee un rol activo en la *historia*; en tal sentido, en el *Tableau de la France* (Michelet, 1875) se puede apreciar que la geografía posee un conjunto de elementos físicos como el suelo y el clima que influyen en los pueblos y, paralelamente, permiten el establecimiento de diferencias con los vecinos (Michelet, 1875; véanse, además, Nacci, 2020: 136; Petitier, 1997: 159), es decir, la historia es –en alguna medida– reflejo del entorno físico en el que sus protagonistas se desenvuelven, lo cual lleva a la determinación de la existencia de algún grado de correspondencia entre lo natural y lo humano (Crossley, 1993: 213-214). Tal correlación permite comprender el criterio manifestado por Saminadayar-Perrin según el cual la importancia reconocida por Michelet a la geografía permite a esta asumir –en su pensamiento– la condición de *operador cognitivo* indispensable para entender la interacción entre el libre devenir de los grupos humanos y las circunstancias del medio ambiente (Saminadayar-Perrin, 2012: 174-175).

Entonces, el espacio físico asume un rol activo frente al ser humano al influir en pluralidad de aspectos de su vida, entre ellos su manera de conducirse; ahora bien, tal influencia o actuación efectivamente ejercida por la geografía implica su movimiento, por cuanto lo inmóvil no puede actuar o, en otros términos, si este fuera inmóvil no podría influir sobre el hombre.

Por tanto, Michelet admitió que la geografía es inmóvil en el sentido de que siempre está presente –es decir, que perpetuamente está allí–, pero esta concepción no es absoluta sino relativa por cuanto también aceptó la movilidad del

8. Conviene recordar también que muchos naturalistas del siglo XVIII consideraron a la naturaleza como un mundo estático (Urteaga, 1993: 12) y que Thierry sostuvo que el territorio era un teatro inmóvil (Petitier, 1997: 91).

espacio físico, en varios sentidos: el primero, la efectuada en la misma geografía por sus propios componentes como el viento y las olas del mar, lo cual implica que se trata de movimientos espaciales, y, el segundo, la implícita en la influencia ejercida por el espacio geográfico sobre el ser humano por cuanto, como ha sido señalado, influir es actuar y actuar es moverse –aunque ello no implique necesariamente un movimiento de carácter espacial–.

Cabe señalar que las primeras ideas sobre este asunto fueron expuestas en la Antigüedad (Dutra Gomes, 2009: 82), pues Hipócrates sostuvo que el progreso de una sociedad era influido por el equilibrio de los cuatro elementos –tierra, aire, agua y fuego– presentes en la región donde se asentaba (Prado y Sereni, 2020: 197) y, además, que muchos rasgos personales estaban determinados por el medio geográfico (García González, 2005: 314). Posteriormente, seguidores de la tradición hipocrática también desarrollaron ideas sobre el tema y plantearon teorías sobre la influencia del ambiente en el ser humano (Urteaga, 1993: 2). Otros escritores de la Antigüedad que atendieron tales ideas fueron Heródoto (García González, 2005: 318), Aristóteles –quien estableció la relación causal entre los climas y la evolución de los pueblos–, Polibio (Kinser, 1981: 77) y Plinio el Viejo (Prado y Sereni, 2020: 198). Tales ideas constituyeron la base sobre la que se fundó el determinismo ambiental en Occidente (Prado y Sereni, 2020: 198) y, durante los siglos siguientes, mantuvieron una existencia discreta apareciendo eventualmente en obras tales como la *Apologética Historia Sumaria* del padre De las Casas (De las Casas: 1967) y el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de Bodin (Bodin, 1627; véase Urteaga, 1993: 2), quien volvería a reflexionar sobre el clima en *Les six livres de la République* (Bodin, 1674; Urteaga, 1993: 26). Posteriormente, el criterio que defendía la influencia del clima alcanzó gran prestigio entre los estudiosos europeos del siglo XVIII, como Montesquieu, quien expuso sus opiniones en la obra *De l'Esprit des Lois* (Montesquieu, 1844) y Buffon en su *Histoire Naturelle* (Buffon, 1799; véase Urteaga, 1993: 2) –que sostuvo que cada ser es hijo de la tierra donde vive (Urteaga, 1993: 13)–. También deben ser recordados Holbach; el abate Raynal (Monod, 1923: 285); Dêmeunier, quien escribió *Esprit des usages et coutumes des différens peuples* (Dêmeunier, 1776); Fergusson, el cual fue autor de *An Essay on the History of Civil Society* (Fergusson, 1789), y Falconer, quien publicó *Remarks on the Influence of Climate, Situation, Nature of Country, Population, Nature of Food, and Way of Life, on the Disposition and Temper, Manners and Behaviour, Intellects, Laws and Customs, Form of Government and Religion of Making* (Falconer, 1781; véase Urteaga, 1993: 7). Ahora bien, desde mediados de esta centuria comenzaron a ser oídas algunas voces críticas como las de Helvetius, Volnay y Voltaire (Urteaga, 1993: 31-32) y, al final del siglo, también fueron rechazadas las ideas del *climatismo* en medicina (Caponi, 2007: 16). Sin embargo, estas visiones críticas no llevaron al olvido de aquellas ideas en el siglo XIX, por el contrario, continuaron existiendo con transformaciones, y fueron defendidas por algunos como Henry Thomas Buckle, Paul Vidal de La Blache –quien mantuvo su actividad intelectual hasta las primeras décadas del siglo XX– (Kinser,

1981: 77), así como por el pensamiento romántico, el cual replanteó la relación ambiente-sociedad, enfatizando el destino propio de cada nación (Urteaga, 1993: 33). Durante estos siglos XVIII y XIX, las ideas hipocráticas permanecieron luego de experimentar cambios importantes en su esencia, pues la noción misma de *medio* presente en ellas difería de la existente en las ciencias biológica y médica de la modernidad (Caponi, 2007: 17).

Michelet también se encuentra vinculado con quienes posteriormente han valorado determinados elementos de este criterio⁹, como la Escuela de los Annales (Pintacuda de Michelis, 1980: 836), de la que ha sido considerado su santo patrón (Creyghton, 2016: 317 y Marques dos Santos, 2001: 164). Algunos de sus miembros prestaron atención a la ecología humana, como Bloch, Febvre y Braudel (Prado y Sereni, 2020: 194), el último de los cuales consideró que la geohistoria, al tener un objeto específico vinculado con el suelo, busca comprender las relaciones del hombre con el espacio, constituido por un conjunto de sistemas ecológicos con influencia social (Kinser, 1981: 66-69). La atención al tema ambiental por parte de Bloch en su obra *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (Bloch, 1931), de Febvre en su *Le Rhin: histoire, mythes et réalités* (Febvre, 1997) y de Braudel en su *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (Braudel, 1949; véase Urquijo, 2022: 24- 25) ha convertido a la escuela de los Annales en un antecedente remoto de los recientes estudios de historia y humanidades ambientales, las cuales, a su vez, cuentan entre sus antecedentes inmediatos las publicaciones *Silent Spring* de Carson (Carson, 1962), *The Population Bomb* de Ehrlich (Ehrlich, 1968) y *The Tragedy of the Commons* de Hardin (Hardin, 1968; véase Clare y Meléndez, 2012: 74). Entre las variadas características de la historia ambiental –originada en la década de los setenta del siglo XX– y las humanidades ambientales –surgidas tiempo después, a inicios de la presente centuria (Marcone, 2022: 29)–, destaca el interés por el papel del ser humano en el medio que lo rodea (Iovino, 2019: 11) y las transformaciones de los paisajes causadas por las sociedades (Urquijo, 2022: 24), lo cual significa que atienden la actividad humana sobre la naturaleza, incluyendo los casos de uso sustentable de los territorios (Cariño, 2022: 45-49). Sin embargo, a pesar de que la historia ambiental enfatiza la relación entre la naturaleza y el hombre, existe una notable diferencia con las

9. En el siglo XX, ha sido reconocida a la geografía una gran importancia en el seno de las ciencias sociales y, especialmente, en el de la historia (véase Febvre, 2006: 30 y ss.), donde ha alcanzado gran prestigio el criterio según el cual la consideración del espacio constituye un requisito esencial para la comprensión de muchos aspectos de la vida en sociedad (Delgado, 2001: 39). Esta visión se aparta de criterios precedentes que reconocían privilegios al tiempo sobre el espacio, a cuyo cuestionamiento contribuyeron las ideas de Febvre (Herrera, 2004: 8), quien también suministró argumentos útiles para el establecimiento de la complementariedad entre estas dos dimensiones en el ámbito de los estudios sociales (Aliste y Nuñez, 2015: 288), las cuales últimamente han dejado de ser consideradas *categorías a priori* para ser concebidas como *conceptos históricamente datados* (Silveira, 2013: 22, lo mismo también puede ser observado previamente en las páginas 14 a 20 de la misma publicación).

visiones expuestas anteriormente, incluida la de Michelet, pues, mientras aquella atiende la influencia humana sobre el ambiente, en los siglos pasados prevaleció la mirada opuesta, es decir, el influjo de la geografía sobre el hombre.

Por otra parte, la relación entre la geografía y el movimiento –antes señalada– no se agota en los aspectos indicados, por cuanto en la *Introduction à l'histoire universelle* –como podrá ser apreciado en las siguientes páginas– se observa que las regiones del planeta poseen diversa aptitud para el movimiento y, además, son escenarios activos de aquel que se encuentra implícito en la lucha del hombre contra la naturaleza, el cual, por discurrir a través de ellas, evidentemente posee un carácter espacial.

El término *movimiento* puede ser apreciado en su significado pleno –atribuido por aquel historiador galo en su tesis del combate del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad, en fin, del hombre contra la naturaleza– en la concepción de historia como desplazamiento desde lo natural a lo artificial, desde lo concreto a lo abstracto y desde lo imaginativo a lo racional (Crossley, 1993: 196), la cual puede ser explicada metafóricamente como una transformación que parte «... from the arbitrary favouritism of the mother to equality under the law of the father» (Crossley, 1993: 214). Sin lugar a dudas, los mencionados constituyen movimientos de tipo cualitativo, sin embargo, aquella confrontación operada en el seno de la historia implica la existencia de otros, los cuales ocurren: en primer lugar, en el ámbito temporal, por cuanto tal combate fluye desde la Antigüedad hasta la Modernidad y, muy especialmente, a través de los siglos que componen la historia antigua; y, en segundo lugar, en los espacios geográficos de Asia y Europa, los que son recorridos en dirección este-oeste.

Esta concepción de historia como movimiento lleva implícita la idea de progreso (Petitier, 1997: 33), es decir, «... a dynamic movement which progressed through a series of stages» (Crossley, 1993: 218). En tales palabras, Crossley se refiere al *dynamic movement*, expresión que no es adoptada en estas páginas debido a considerar que todo *movimiento* –para ser tal– es necesariamente dinámico o, en otros términos, el elemento *dinámico* es una nota de aquel concepto; por tanto, *movimiento* que no sea dinámico no es tal. En cuanto al progreso, este es una forma específica de aquel, realizado a través de un conjunto de etapas que van de lo menor a lo mayor; y puede ser apreciado en la *Introduction à l'histoire universelle* en la medida que el hombre se impone a la naturaleza a lo largo del recorrido comenzado en la India y culminado en Europa. Además, tiene como escenario el espacio geográfico, el cual, como ha sido indicado anteriormente, no adopta un rol meramente pasivo debido a que la diferente aptitud de los territorios –para el movimiento y para que el ser humano alcance la libertad– influye en el combate contra la naturaleza, en la dirección de tal lucha y, por ende, en la historia. Ahora bien, la acción de la geografía sobre el hombre y la realización de sus actividades sobre ella permiten apreciar su vinculación, la cual, por estar basada en su interacción y recíproca influencia, tiene como fundamento el movimiento.

Ahora bien, el progreso y la diversa aptitud del espacio para la libertad permiten comprender que en Asia –y África, específicamente, el caso egipcio– haya predominado y vencido siempre la naturaleza en el combate entablado por el hombre contra ella. Cabe resaltar que esta victoria no alcanzó el mismo grado o magnitud en distintas tierras, pues en la India tal lucha ni siquiera existió¹⁰, en Persia solamente comenzó, mientras en Egipto y –posteriormente– en Judea se presentó en cada caso con mayor intensidad; por tanto, la fuerza de la confrontación incrementaba en la medida de su acercamiento a Europa. De tal manera, su progreso durante la historia antigua implicó un movimiento a lo largo del continente asiático –incluyendo, por supuesto, su paso por el africano Egipto– ocurrido hasta su arribo a tierras europeas, que deja ver su estrecha relación con el ámbito espacial; tal movimiento se mantuvo –aunque en menor magnitud– en Europa, pues recorrió las tierras pertenecientes a algunos de sus pueblos. Sin embargo, el progreso acontecido en este último continente puede ser observado más fácilmente en la dimensión temporal, en su recorrido desde la Antigüedad grecorromana hasta la Modernidad; marcando ello una notable diferencia con el realizado en los territorios asiáticos arriba mencionados, donde es difícil apreciar el transcurso del tiempo, al punto que el relato transmite a sus lectores la sensación de estar ante escenas atemporales de la vida del hombre, ante hechos que no solo acontecieron, sino siguen sucediendo.

Esta visión fue ofrecida por Michelet en una época en la cual imperaba una concepción de Oriente conocida como *orientalismo* que, teniendo sus inicios en el siglo XVIII, contaba entre sus variadas características el interés por comparar Occidente y Oriente en los planos político y cultural, con la finalidad de conocer mejor las cualidades de los sistemas políticos de Europa y exaltar la vida en este continente, circunstancia que ha permitido afirmar a Alderete que el interés por Oriente tenía un carácter instrumental, más no real (2023: 131-132). Tal proceder no constituía una novedad pues era conocido entre los estudiosos de la época moderna, así, por ejemplo, Maquiavelo en sus *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* (Machiavelli, 1864) no tenía un interés genuino por la historia romana, sino buscaba obtener ideas para una mejor comprensión de los acontecimientos de su propio tiempo, y Montesquieu en sus *Considerations sur les causes de la grandeur des Romains et leur décadence* (Montesquieu, 1787) también se acercó al mundo antiguo con una finalidad instrumental, la cual consistió en la determinación de leyes históricas que pudiesen ser aplicadas a su propia época (Roldán Hervás, 1975: 31-32). Por otra parte, en la concepción orientalista imperante en Francia y

10. Francia mantuvo una presencia muy limitada en la India como consecuencia de la guerra de los Siete Años ocurrida en el siglo XVIII; a pesar de ello, la importancia del territorio asiático queda en evidencia con el nombramiento, ocurrido en 1802, de Decaen como capitán general de las posesiones francesas en la India, así como en las mediciones efectuadas por Aubry-Bailleul entre 1824 y 1826, las cuales permitieron a Francia mejorar la ruta marítima a tales tierras (Vencent, 2023: 119).

Gran Bretaña, las tierras orientales eran «un momento necesario pero de inevitable superación en el progreso de la humanidad» (Pfoh, 2020: 20); visión que puede ser apreciada en la *Introduction à l'histoire universelle* de Michelet. Tal concepción que refleja la óptica europea fue plasmada en otras obras que circularon en la época y mantuvo vínculos con intereses variados de Europa en Asia¹¹ (Ernst, 2009: 130), sin embargo, no fue una situación generalizada por cuanto importantes orientalistas se opusieron con fuerza a tales políticas, como Browne –estudioso de la literatura persa– y Hodgson, posición que guarda similitud con la de Anquetil Duperron, quien rechazó la opinión según la cual la gente oriental se inclinaba naturalmente hacia los gobiernos de corte despótico (Ernst, 2009: 129).

Las mencionadas ideas de *movimiento y progreso* estuvieron plenamente presentes en el ambiente cultural de la época en que fue escrita la *Introduction à l'histoire universelle*, por tal motivo también fueron defendidas por pluralidad de otros escritores como Ott y De Angeli. El primero, en su *Manual de historia universal*, afirmó no solamente la existencia de un movimiento generado por las fuerzas activas de las criaturas, el cual adicionalmente contaba con el impulso de Dios (Ott, 1841: 12), sino también de dos tipos de progreso, uno geológico y otro humano, al que denominó *humanitario* (Ott, 1841: 18). Y el segundo sostuvo acerca de los movimientos históricos, en primer lugar, que el mayor de estos efectuado por la humanidad ocurrió en Asia (De Angeli, 1871: 20); en segundo lugar, que el pueblo a la cabeza del realizado por la civilización antigua fue Egipto (De Angeli, 1871: 104), y, en tercer lugar, que uno de carácter uniforme no fue posible en la antigua Grecia (De Angeli, 1871: 115). Tales ideas de los autores recién mencionados, junto a teorías como la evolucionista de Darwin –cuyos predecesores fueron bien conocidos por Michelet (Orr, 1976: 15)–, demuestran que después de su exitosa difusión en el siglo XVIII la idea de progreso impregnó el pensamiento general de la centuria siguiente, lo cual explica que la historia –que formó parte de este– fuese concebida como «... um avanço, um lento processo de emancipação, de humanização e de civilização» (Petitier, 2013: 64).

4. LA DIRECCIÓN ESTE-OESTE DEL COMBATE CONTRA LA NATURALEZA DURANTE LA ANTIGÜEDAD Y LA EXPOSICIÓN DUAL DE LOS TERRITORIOS

Michelet expuso su visión de la historia universal en un relato donde la lucha humana contra el entorno a fin de alcanzar la libertad (Berréhar, 1997: 25) evolucionó partiendo del este asiático en dirección al oeste en un claro recorrido de oriente a occidente (Crossley, 1993: 200; Mali, 2012: 57; Nacci, 2020: 128 y 131;

11. Este asunto también ha sido tratado por Kissami Mbarki (2018: 452), quien ha relacionado el *orientalismo* con el imperialismo de la época, mientras Alderete lo ha vinculado con el enfrentamiento entre los poderes imperiales ingleses y franceses (2023: 136).

Saminadayar-Perrin, 2012: 173), que comenzó en la India, donde imperaba la naturaleza, y se dirigió a Europa.

Es interesante observar que en este recorrido fue omitido cualquier señalamiento de China, a pesar de los contactos establecidos con la antigua Roma (Robert, 1996: 63 y ss.), del viaje de Marco Polo, del acercamiento logrado en el siglo XVI (Santander Oliván, 2009: 29), del comercio inglés llevado a cabo con ella desde mediados del XVIII (Cepeda Sánchez, 2020: 65) y de su incremento a partir de la siguiente centuria, especialmente en seda y té (Falck Reyes, 2004: 19). Independientemente del cambio de visión operado respecto de China a fines del siglo XVIII y principios del siguiente –el cual trajo como consecuencia el abandono del interés en ella, salvo en el círculo de los orientalistas (Lee, 2006: 382)–, tal circunstancia no debió ser determinante de su omisión en la *Introduction à l'Histoire Universelle* ya que, si en la India el hombre no luchó contra la naturaleza y solamente comenzó a hacerlo efectivamente en Persia, la inclusión de China no hubiese cumplido ninguna función dentro del progreso de tal confrontación o hubiese alterado su dirección este-oeste en la narración desarrollada por el estudioso francés.

A lo largo de este camino, el hombre poco a poco se liberó de los elementos naturales y «... devient maître de son destin en accédant à la conscience, à la liberté et à la civilisation» (Séginger, 2019: 2). Esta visión, ya señalada por Estrabón en la Antigüedad, quien expresamente señaló el viaje a occidente desde la India (Str., 2, 5, 32), formó parte del pensamiento de Hegel (Palacio, 2005: 35; Pfoh, 2010: 680), de donde fue tomada por Michelet para incorporarla a su obra utilizando los siguientes términos: «Suivez d'orient en occident, sur la route du soleil et des courans magnétiques du globe...» (Michelet, 1831: 7); además, este historiador francés volvió a insistir en la misma idea unas páginas más adelante, al sostener que tales corrientes magnéticas del globo «... sont dirigés en général de l'est à l'ouest» (Michelet, 1831: 78).

Algunos estudiosos de la obra de Michelet han afirmado que el comienzo de su narración en Asia se debió a la creencia de que el origen de la humanidad, el surgimiento de las primeras civilizaciones (Nacci, 2020: 131; Gossman: 1974: 508) y la aparición de cualquier innovación importante del ser humano (Rubio de Miguel, 2001: 81) tuvieron como escenario este continente. Según Carroll, estas ideas acerca del carácter originario de la naturaleza ubicada en el este y del viaje con dirección al oeste en búsqueda de la liberación se encuentran en todas las primeras especulaciones efectuadas por Michelet sobre el país galo, al que consideró el pueblo de la libertad (Carroll, 1998: 120). Ahora bien, en opinión de Séginger, Michelet mantuvo el criterio de la India como lugar de origen de la humanidad a lo largo del tiempo, pues volvió a exponerlo en la *La Bible de l'humanité* (Michelet, 1864), aunque con una diferencia importante respecto de la *Introduction à l'histoire universelle*, la cual consistió en que la India dejó de ser presentada –debido a la posterior influencia de Burnouf– como un lugar donde la naturaleza dominaba al ser humano y pasó a ser mostrada como el espacio donde la humanidad tuvo un origen luminoso (Séginger, 2019: 3).

Sin embargo, esta concepción no fue exclusiva de este estudioso ya que hubo otros que defendieron la opinión según la cual Asia fue la cuna de la civilización, entre ellos pueden ser mencionados Aspin y Cantú (1854: 101), el primero de los cuales en su obra titulada *A systematic analysis of Universal History, from the Creation to the present time*, manifestó: «Here was Adam created, and here he fell. Here were the human race renewed after the flood; and here were the first monarchies erected» (Aspin, s/f: 328). Este mismo criterio puede ser apreciado en el *Sommario della Storia Universale* de Marini, quien afirmó respecto del continente asiático: «... ponendoti in modo che il luogo da cui leva il Sole, o Levante, sia alla tua dritta... l'Asia, prima fra le parti del Mondo, culla del Genere umano, sede delle più antiche nazioni...» (Marini, 1836: 8). Este escritor también señaló sutilmente el movimiento que parte de oriente en dirección a occidente: «Alla tua sinistra dirigiendoti a Ponente, tenendoti ancora verso il Settentrione tu vedi la nostra Europa, piccola in confronto dell'Asia sua vicina, ma dalla natura, e dall'arte umana resa la più bella del Mondo» (Marini, 1836: 8). Llama la atención que, de manera similar a Marini, Michelet también consideró pequeña Europa en comparación con Asia (Michelet, 1831: 13) –aunque solamente sea el reconocimiento de una realidad claramente apreciable en los mapamundis existentes en el siglo XIX–, mientras el juicio estético expresado por aquel sobre las tierras europeas era un criterio bastante conocido previamente, pues fue sostenido por hombres como Plinio el Viejo en la Antigüedad (Plin., *N.H.*, 3, 5) y por Di Vallemont en la Modernidad (Di Vallemont, 1714: 228). Además, Michelet y Marini no fueron los únicos en señalar el desplazamiento a lo largo de los continentes asiático y europeo, pues también fue mencionado en otras publicaciones como la *Historia Universal* de Cantú (1854: XXVIII) y la *Histoire Universelle de l'Antiquité* de Schlosser (1828: 84). Sin embargo, a diferencia de Michelet, Marini no detuvo aquel recorrido en Europa, por lo contrario, después de llegar a esta cambió la dirección la cual, de ser originalmente de oriente a occidente, pasó a ser de norte a sur; ello lo obligó a centrar la atención en África, continente al que dedicó las palabras siguientes: «... verso il Mezzogiorno tenendoli a Ponente, tu vedi l'Africa, mesto soggiorno, che sotto un sole ardentissimo in una estensione di un milione e cinquecento sessanta leghe quadrate, contiene 90 milioni di viventi...» (Marini, 1836: 8-9).

Como ha sido indicado, según Michelet esta larga marcha culmina en la europea Francia –tierra libre por excelencia (Berréhar, 1997: 25; Crossley, 1993: 200)– siglos después de culminada la Antigüedad, tal como señaló expresamente en las primeras líneas de la obra: «... observez-le dans ce long voyage de l'Asie à l'Europe; de l'Inde à la France...» (Michelet, 1831: 7). Si bien estas palabras muestran, como acaba de ser expresado, que el relato de la *Introduction à l'histoire universelle* y el combate contra la naturaleza culminan en el país galo, al atender el orden de la narración el lector observa que Michelet trató sobre Inglaterra después de haber expuesto sobre Francia, lo cual guarda similitud con el proceder de otros autores de obras de historia universal como Di Vallemont, quien, luego de centrar su atención en esta, posó sus ojos en los países de la península ibérica:

España y Portugal (Di Vallemont, 1714: 273 y ss.). Los comentarios dedicados al país que era la primera potencia mundial en los días de la publicación de aquella obra de Michelet se caracterizan por su relativa brevedad, en comparación con los efectuados precedentemente acerca de otros pueblos europeos. Ahora bien, después de exponer sus ideas sobre Inglaterra, Michelet volvió sobre Francia, demostrando con ello el sitio de honor otorgado a esta nación en su pensamiento (véase Petitier, 1997: 149); por tal motivo, si bien el lugar concedido a aquella en el orden de la narración puede llevar a creer que el recorrido comenzado en la India termina en la potencia inglesa –lo que sería bastante significativo si se toma en cuenta que esta se encontraba presente en aquel país de Asia en los días de la publicación de la *Introduction à l'histoire universelle*–, el énfasis en Francia y los distintos comentarios efectuados a lo largo del texto –incluyendo los realizados en las páginas finales– llevan a la convicción de que la lucha del hombre contra la naturaleza culmina en tierras francesas, luego de haber transitado diversas etapas demostrativas del carácter progresivo de la historia (Berréhar, 1997: 25). Michelet no fue el único en conceder este lugar especial a Francia, pues de similar manera procedieron otros estudiosos, entre ellos su maestro Guizot (Magalhães da Silva, 2024: 50)¹². Estos compartieron, además, la creencia en la existencia de leyes históricas (Basabe Martínez, 2010: 329) y la idea de «uma história francesa coesa» (Magalhães da Silva, 2024: 50), las cuales en el último corresponden a una concepción de historia enmarcada en un proyecto nacional y civilizador, similar a la poseída por otros como Mignet, Quinet, Thierry y Thiers (Marques dos Santos, 2001: 177). Tal visión, acuñada a mediados del siglo XVIII, fue desarrollada con amplitud por Guizot tomando en consideración a la civilización europea (Basabe Martínez, 2010: 288), de la cual Francia fue modelo debido a su propensión a exportar ideas y a impulsar transformaciones a nivel continental; este criterio, sin duda, es expresión del nacionalismo que impregnó la historiografía de este país luego de su derrota en 1815 (Basabe Martínez, 2010: 296). Sin embargo, su concepción de nación no fue única ya que Michelet, por su lado, aparte de manejar en la *Introduction à l'Histoire Universelle* una idea de esta con un marcado carácter histórico (Aramini, 2017: 76), es decir, siendo resultado de una larga historia, concibió a Francia como una nación particular con una individualidad precisa que, a su vez, constituía el corazón de Europa y el mundo (Nacci, 2020: 135-138). Esta opinión permite comprender su afirmación según la cual la *Introduction à l'Histoire Universelle* también podría ser concebida como una historia de Francia (Marques dos Santos, 2001: 166). Este lugar central concedido por Michelet a la nación (Cepe-da Sánchez, 2020: 55) corresponde a una visión de historia universal en la que también estaban presentes las ideas de progreso y de un «tiempo histórico lineal,

12. En 1830, Guizot nombró jefe de la sección de historia de los Archivos Nacionales de Francia a Michelet. Posteriormente, en 1833 este lo sustituyó en la cátedra de Historia Moderna en la Sorbona (Cantero, 2009: 97).

acumulativo e irreversible» (Valero Pacheco, 2017: 154), así como de la atribución de la condición de sujeto de la historia solamente a algunas sociedades occidentales (Valero Pacheco, 2017: 154). Esta concepción cayó en el olvido luego de la Segunda Guerra Mundial, por lo que a partir de la década de 1960 entró en auge la *historia mundial* y desde 1990, la *historia global* (Valero Pacheco, 2017: 154)¹³.

Por otra parte, dentro del marco general de este combate del hombre contra la naturaleza en dirección este-oeste, recién indicado, Michelet expuso su visión de la historia universal presentando de manera dual las diversas partes del mundo en las que detuvo su mirada: en primer lugar, trató sobre la India y Persia (Michelet, 1831: 7 y ss.); en segundo lugar, sobre Egipto y Judea (Michelet, 1831: 10 y ss.); en tercer lugar, se ocupó de las antiguas Grecia y Roma (Michelet, 1831: 14 y ss.) –que, si bien en algunas épocas abarcaron lugares de Asia y el norte de África, son

13. De esta última no existe una definición clara (Thomann, 2009: 4; Fazio Vengoa, 2009: 307; Hausberger y Pani, 2018: 181; Valero Pacheco, 2017: 154), carencia que ha dificultado su distinción de historias como la *universal* (Valero Pacheco, 2017: 154) y la *mundial*, a pesar de los esfuerzos en este sentido, entre ellos, los efectuados en el plano metodológico (Dalmau y Luengo, 2020: 317; Valero Pacheco, 2017: 154) y en los ámbitos que estas pretenden abarcar (Mazlish, 2001: 15). Tal situación, a su vez, dificulta la determinación de la influencia ejercida por Michelet, sin embargo, Pintacuda de Michelis señala la proximidad de su concepción de historia con la *historia total*, teorizada y practicada por la Escuela de los Annales (1980: 854) la cual es, al mismo tiempo, un antecedente de la *historia global* (Hausberger y Pani, 2018: 177). Ahora bien, aquella carencia no ha impedido el señalamiento de algunas características de la *historia global* como su énfasis en las relaciones e interacciones entre diversas regiones (Dalmau y Luengo, 2020: 312 y 323), las cuales pueden ser en unos casos leídas y, en otros, simplemente intuitas en la *Introduction à l'Histoire Universelle* de Michelet. Además, la *Histoire mondiale de la France* coordinada por Boucheron (Boucheron, 2017), considerada exponente de la *historia global*, guarda similitud con aquella obra al abarcar un periodo de aproximadamente cuarenta mil años que va desde la prehistoria hasta la actualidad (Dalmau y Luengo, 2020: 313); cabe indicar también que Boucheron sostuvo que la *historia mundo* que parte de Michelet pasa por los representantes de los Annales y llega al actual mundo globalizado (Levi, 2018: 31). Otro elemento a ser considerado es que la *historia global* –debido a su rechazo de la fragmentación historiográfica– convoca a todas las disciplinas (Douki y Minard, 2007: 11), criterio no solamente defendido por miembros de los Annales como Bloch y Febvre (Valero Pacheco, 2017: 153), sino también practicado por Michelet en la *Introduction à l'Histoire Universelle*. A pesar de tales similitudes, también debe ser señalada la existencia de diferencias importantes; en tal sentido, el estudioso francés del siglo XIX manifiesta en esta obra una visión claramente eurocéntrica, la cual está ausente de la *historia global* (Fazio Vengoa, 2009: 304; Valero Pacheco, 2017: 159). Sin embargo, el rechazo del eurocentrismo por parte de esta última no es un criterio aceptado unánimemente, así, por ejemplo, Valero se limita a reconocer el interés de esta por sociedades no europeas (Valero Pacheco, 2017: 156), Bertrand considera que la crítica al eurocentrismo formulada desde la *historia global* es profundamente europea (2015: 17), mientras Hausberger y Pani de manera clara y contundente afirman que mantiene la idea de Europa como fundamento del mundo moderno (2018: 181). Por otra parte, el lugar central asignado por Michelet a Francia concede a su *Introduction à l'Histoire Universelle* un marcado carácter nacional, el cual es excedido por la *historia global* (Dalmau y Luengo, 2020: 312), a pesar de no negar los ámbitos nacional ni local (Levi, 2018: 27-28). Por último, la lucha del hombre contra la naturaleza como ley que rige el desarrollo histórico –esgrimida por Michelet en esta obra– no solamente la ubica dentro de la visión tradicional de la historia universal, sino que, paralelamente, la separa de aquella (Hausberger y Pani, 2018: 181).

mostradas en su esencia europea–; y, culminada la Antigüedad, centró su atención en pueblos de Europa de épocas posteriores¹⁴. Esta exposición de la historia antigua de carácter dual no implica la existencia de contradicción entre tales pueblos, es decir, ni la India se opone a Persia, ni Egipto a Judea, ni Grecia a Roma, por cuanto son etapas u estaciones a lo largo de las cuales progresa aquella lucha, evolución que ocurre en la medida que el poder de la naturaleza se debilita y, paralelamente, se robustece la búsqueda de la libertad por parte del ser humano.

Sin embargo, tal exposición de un recorrido con una dirección este-oeste se encuentra enmarcada en una dualidad geográfica todavía más amplia y general en la que sí opera una contradicción, una guerra o *pólemos* en sentido heracliteano¹⁵. En tal caso, los contrarios están constituidos por Europa y Asia (Petitier, 1997: 41; conviene recordar que, en los primeros mapas jonios, la tierra se dividía entre estos dos continentes –Munn, 2006: 179–), y la oposición gira en torno a la aptitud de tales espacios geográficos para facilitar la obtención de la libertad humana, que es mayor en el caso de la primera y menor en el del segundo (Michelet, 1831: 13 y ss.), como será tratado más adelante. Michelet fue generoso presentando múltiples oposiciones a lo largo de las páginas que componen la *Introduction à l'histoire universelle*, las cuales también estuvieron presentes en otras obras de la misma época, entre las que puede ser mencionada la contradicción entre patricios y plebeyos en la historia romana (De Angeli, 1871: 376); también destacan las de carácter geográfico, como la referida a la península itálica, la cual fue mostrada por Michelet, en las primeras páginas de la *Histoire romaine*, como «... un espace travaillé d'oppositions, de contradictions, partagé entre feu et glace, incendie et inondation, Nord et Midi» (Saminadayer-Perrin, 2012: 175). Otras oposiciones no son de carácter físico, pero tienen un determinado lugar como su escenario, lo que implica el establecimiento de un vínculo entre ellas y la geografía, como el Mediterráneo al que Michelet consideró un campo cerrado donde pares de razas, de religiones y de civilizaciones se enfrentaron recurrentemente (Saminadayer-Perrin, 2012: 178). El establecimiento de estas oposiciones de claro carácter simbólico encuentra su fundamentación en la opinión del estudioso francés según la cual la historia es un acto de re-creación y, por tanto, es mucho más que una reconstrucción intelectual (Crossley, 1993: 186).

14. Y luego de culminada la historia antigua, en las etapas medieval y moderna se dedicó a los hombres de las tierras alemanas e italianas y, posteriormente, de Francia –aunque, como ha sido indicado anteriormente, también prestó atención a los de Inglaterra– (Michelet, 1831: 28 y ss.). Cabe señalar que Michelet no se limitó a tratar cada pueblo en particular, sino muy frecuentemente intercaló referencias sobre distintos de ellos, muchas veces con la finalidad de establecer útiles comparaciones que permitieran una mejor comprensión del tema desarrollado. Esta manera de proceder revela su visión global u holística de la historia universal.

15. Sobre Heráclito y el *pólemos*, véanse Diels y Kranz, 1960, y otros como Copleston, 2001: 53 y ss.; De Vogel, 1957: 23 y ss.; Fraile, 1997: 172; y Hirschberger, 1954: 18. En diversas obras, Michelet utilizó los *contrarios*, un ejemplo se encuentra en Sánchez-González, 2017: 95.

Otros también centraron su atención en Asia y Europa –de manera conjunta–, pero, a diferencia de Michelet, sin abordar el asunto desde la contrariedad; ejemplos de ello pueden ser encontrados en la misma Antigüedad, como Hipócrates (*Aer.*, 12-24), quien estableció que las características geográficas eran causa de diferencias en los rasgos de las poblaciones de ambos continentes (Urteaga, 1993: 26), mientras de los días de Michelet es digna de recuerdo la obra *Napoléon en Égypte. Poème en huit chants* de Barthélemy y Méry, en cuyas líneas se pueden leer las siguientes palabras: «Dans un cadre d'Asie offre un tableau d'Europe» (Barthélemy y Méry, 1828: 79).

La mencionada contradicción entre Europa y Asia permitió a Michelet establecer una comparación entre ambos continentes (Petitier, 1997: 125), aunque el contraste entre zonas geográficas y pueblos no fue un proceder exclusivo de este estudioso francés; al respecto, cabe recordar a François Bernier quien, luego de viajar a la India a fines del siglo XVII, dirigió cartas a Chapelain y Colbert en las que comparó a las sociedades francesa e india (Sánchez Mejía, 2008: 85). Posteriormente, Anquetil-Duperron, con motivo de su viaje a aquella misma región del mundo en 1754, comparó Oriente con Occidente en un plano de igualdad (Sánchez Mejía, 2008: 94). En el siglo XIX también se llevó a cabo esta práctica regularmente, por ejemplo, Marx estableció una comparación entre la India y países europeos como Italia e Irlanda (Marx, 1974: 1), y De Angeli consideró que las tierras europeas estimulaban la imaginación, aunque sin llegar al espiritualismo de la India o al terror generado por los demonios del desierto y de la esterilidad presentes en tierras iraníes; además, afirmó que la geografía europea satisfacía los sentidos, pero sin excitarlos demasiado como sucedía en la India (De Angeli, 1871: 113-114). Ahora bien, la comparación entre ambos continentes efectuada por este autor decimonónico no se limitó a la geografía, sino abarcó el plano político, pues parangonó las formas estatales de Asia y Grecia y determinó que, mientras los indios y los judíos asignaron una función religiosa al Estado la cual estaba centrada alrededor de la preparación para una vida mejor –dejando de lado cualquier misión terrenal–, en la Hélade apareció este en «suo vero concetto político» (De Angeli, 1871: 138), es decir, como una institución que reunía los esfuerzos de todos sus miembros con una finalidad humanitaria (De Angeli, 1871: 138). Esta práctica de comparar zonas geográficas fue llevada a cabo por De Angeli de una manera más amplia que Michelet, por cuanto también contrastó Europa con el norte del continente africano, afirmando que a la gravedad y la uniformidad del paisaje egipcio se oponían la variedad y la alegría del europeo (De Angeli, 1871: 114). Esta comparación de pueblos y zonas geográficas no fue una práctica exclusiva del mundo moderno, por cuanto existió en la Antigüedad, ejemplo de ello es el contraste entre Europa y Asia efectuado por los helenos alrededor del tema de la libertad quienes, orgullosos de solamente obedecer la ley, definieron a sus oponentes como esclavos y consideraron la libertad política como el indicador de «... la frontera entre Oriente y Occidente» (Sánchez Mejía, 2008: 80).

Ahora bien, la comparación efectuada por Michelet no es detallada sino de carácter generalista, y para efectuarla partió de la existencia, en cada uno de aquellos dos continentes ya señalados, de tres penínsulas ubicadas hacia el Mediodía a las que presentó por pares, una europea y una asiática: en primer lugar, nombró las penínsulas ibérica –a la que llama «... l'épais carré de l'Espagne...» (Michelet, 1831: 13), palabras que recuerdan las expresadas no solamente por Posidonio sino también por Estrabón en la Antigüedad, quien manifestó que era como una piel de toro extendida (Str., 2, 5, 27 y 3,1,3; estos términos han sido recordados, entre otros, por Cruz Andreotti, 2004: 10)– y arábiga; en segundo lugar, a la itálica y al Indostán, y, en tercer lugar, a Grecia y a «... la seconde Inde» (Michelet, 1831: 13). La atención prestada a las penínsulas europeas encuentra tempranos antecedentes en la Antigüedad. Un ejemplo fue el caso de Estrabón (Str., 2, 4, 8), y fue compartida por otros autores del siglo XIX, entre ellos De Angeli, quien en las primeras líneas del decimotercer capítulo –dedicado a Grecia– de su *Compendio di storia universale antica* afirmó que, del total de doce penínsulas poseídas por este continente, tres de ellas «... si spingono verso mezzodi» (De Angeli, 1871: 107), es decir, son meridionales, cualidad que sirvió al autor para subrayar la semejanza con el continente asiático. Cabe señalar que, si bien Michelet y De Angeli centraron su atención en estas tres penínsulas europeas, el último tomó en consideración –aunque rápidamente– el total de aquellas unidades geográficas, rasgo que fue obviado por el primero, quien se concentró solamente en aquellas debido a su utilidad en el establecimiento de la comparación con el continente asiático. La búsqueda de este objetivo por parte de Michelet marca la diferencia con la argumentación efectuada por De Angeli, quien también enfatizó la importancia de ellas en los acontecimientos ocurridos durante la Antigüedad ya que, a su juicio, las ubicadas en el oriente y en la parte media tenían poblaciones enérgicas con un gran espíritu emprendedor, mientras la occidental fue una región ambicionada por muchos pueblos de la época, que efectuaron ingentes esfuerzos por dominarla (De Angeli, 1871: 107).

5. LENGUAJE METAFÓRICO Y SIMBÓLICO EN LA DESCRIPCIÓN DE LOS PAISAJES DE LA ANTIGÜEDAD

A las ideas posteriormente desarrolladas con motivo de aquella comparación difícilmente puede reconocerse un estricto carácter geográfico, por cuanto Michelet se sumergió en una deliciosa explicación en la que atribuyó características humanas a aquellos territorios; en tal sentido, una vez hubo señalado las penínsulas asiáticas que miran al sur (Michelet, 1831: 13), sostuvo que «... la triste Asie regarde l'Océan, l'infini; elle semble attendre du pôle austral un continent qui n'est pas encore» (Michelet, 1831: 13); por el contrario, en el caso de Europa, afirmó que sus penínsulas «... sont des bras tendus vers l'Afrique...» (Michelet, 1831: 13), el cual por su cercanía la exoneró de la carencia sufrida por Asia. Lamentablemente,

el estudioso francés no precisó de forma expresa en qué beneficia la vecindad del continente africano a Europa, ni por qué este aspecto la convirtió en un espacio geográfico más apto que Asia para la consecución de la libertad; sin embargo, nada de ello se erigió en obstáculo de su esfuerzo por demostrar la mayor aptitud europea para alcanzarla; dicho en otros términos, Michelet en ningún momento olvidó que su argumentación estaba dirigida a demostrar que Europa es un espacio más apto que Asia para obtener la libertad, pero no indicó por qué su cercanía a África la dotó de mayor aptitud que el continente asiático para lograrla, aunque se pudiera hipotetizar o plantear la posibilidad de que la carencia de un espacio geográfico al sur del último impidió a este realizar un movimiento dialéctico que lo impulsara en la consecución de tal aptitud¹⁶.

Cabe señalar, además, que la proximidad a Europa del territorio africano no hizo a este merecedor de algunas páginas brotadas del frondoso espíritu del historiador galo –salvo el caso egipcio–, en las cuales sus rasgos se hubiesen convertido en objeto de pertinentes, detenidos y detallados comentarios, pues solamente le dedicó algunas muy breves líneas escritas en función de explicar mejor sus criterios acerca del continente europeo. Este proceder encuentra su justificación en la lucha antes mencionada, eje articulador de la historia universal, la cual tiene por ámbito espacial a Asia y Europa solamente. Sin embargo, Michelet no fue el único en atender brevemente a África, pues también otros estudiosos le dedicaron pocas líneas, entre ellos De Angeli (1871: 53 y 114), Di Vallemont (1714: 309) y Marini (1836: 8-9), sin olvidar a Barthélemy y Méry, quienes dedicaron uno de sus versos a recordar muy brevemente al desierto inmóvil existente en África (Barthélemy y Méry, 1828: 78). Pero este proceder no fue generalizado, ya que en la década de 1830 proliferaron en suelo europeo publicaciones de distinto tipo sobre una parte del continente africano: Argel; entre ellas, anuarios, boletines de noticias y, especialmente, revistas de contenido geográfico (Quintana Moraira, 2025: 217), entre las cuales cabe recordar la «Carte des environs d'Oran et de Mers-el-Kébir», publicada en 1834 (Benkada, 2004: 4).

Una vez agotada la comparación de Europa y Asia; Michelet se dedicó con cuidadoso esmero a efectuar una hermosa descripción de las tierras europeas en la que continuó resaltando sus atributos casi humanos; en tal sentido, después de señalar las penínsulas que, como brazos bañados por el Mediterráneo, tratan de acercarse a África, volcó sus imaginativos ojos sobre el norte europeo para apreciar, en sus frías costas, el contorno de unas espaldas tan fuertes como las de un vigoroso atleta (Michelet, 1831: 13). Prosiguió Michelet su variopinta exposición sobre los rasgos antropomórficos atribuidos a las tierras europeas (Petitier, 1997: 54, 75) señalando que los pies de este continente se encuentran hundidos en la barbarie –aunque fecunda– de Asia y que Francia, su patria, es la cabeza

16. Conviene recordar que Petitier niega la adopción de un pensamiento dialéctico por parte de Michelet (Petitier, 1997: 74).

de Europa (Michelet, 1831: 13). Esta última metáfora no es simplemente fruto de alguna curiosa similitud entre la geografía del país galo y el encéfalo humano, sino guarda relación con la exposición acerca de la lucha del hombre contra la naturaleza, que comienza en el continente asiático, donde Europa sumerge sus pies, y culmina en esta que, como acaba de indicarse, posee las partes superiores de dicho cuerpo. Aunque la comparación de este último continente con un ser humano no es suficientemente detallada, el lector de las páginas por aquel compuestas no puede impedir que, en su mente, el combate contra el entorno narrado en ellas se convierta en un lento pero indetenible ascenso por el cuerpo de una persona, desde sus pies hasta la cabeza.

Esta manera de proceder por parte del estudioso galo es similar a su consideración de que Francia era una persona (Nacci, 2020: 126; Petitier, 1997: 83-84, 131) –cuya *personalidad nacional* se acercaba a la *personalidad individual* (Nacci, 2020: 126)–, visión metafórica ya expresada al final del *Tableau* (Stanovský, 2018: 67), donde tal comparación tenía un carácter funcional, pues este país operaba como un organismo viviente, específicamente como un cuerpo humano (véase al respecto Stanovský, 2018: 67), cuyas provincias equivalían a sus miembros (Stanovský, 2018: 67). Cabe señalar que esta representación de Francia influyó, posteriormente, en Paul Vidal de la Blache y en Fernand Braudel (Kinser, 1981: 68).

Ahora bien, mientras a Francia parangonó con una persona, Michelet mostró una visión diferente de otros pueblos europeos, pues a Inglaterra la concibió como un imperio y a Alemania como un país (Nacci, 2020: 126); y con relación a los continentes, a algunos asoció con animales (Stanovský, 2018: 67) y a Europa lo hizo con un ser humano. Cabe señalar que el estudioso galo no aplicó esta última equiparación a ningún continente que no fuese Europa ni a otra nación que no fuese Francia (Nacci, 2020: 131). Además, tal imagen del país galo estuvo en su mente durante mucho tiempo, al punto de que la volvió a invocar en *Le peuple*, donde presentó «... la personificazione della Francia: la Francia è donna, è madre, è generosa, è oblativa» (Nacci, 2020: 132).

A pesar de que esta comparación, efectuada por Michelet, no es solamente ingeniosa sino también está dotada de un innegable carácter estético, la idea de establecerla no surgió de su prolífica mente, pues Di Vallemont había recordado –tiempo atrás– el símil efectuado por Estrabón entre la forma de Europa y un dragón, y el establecido por Cristiano Vechelo entre este continente y la figura de una mujer, cuya cabeza era España –afirmación que buscaba halagar al rey Carlos V–; Francia, su pecho; Italia y Gran Bretaña, sus brazos; y Alemania, su vientre (Di Vallemont, 1714: 229). Además, Di Vallemont indicó que Europa fue comparada con una persona, África con un caballo y Asia con un carnero en los escritos de los antiguos; y que la finalidad de estos al atribuir forma humana al primer continente mencionado y de animales a los dos últimos era simbolizar su creencia en la excelencia europea (Di Vallemont, 1714: 228). En pleno siglo XIX, otros estudiosos también utilizaron tal tipo de comparaciones, entre ellos, De Müller, quien afirmó que la cadena montañosa que se extiende desde el mar Negro al Adriático –y cuya

parte más importante «... portò il nome di Emo» (De Müller, 1830: 164)– toca los Alpes con sus extremidades (De Müller, 1830: 164); y, por su lado, Cantú consideró que los héroes eran los brazos de las sociedades y las diversas instituciones, el corazón de ellas (Cantú, 1854: XLV). Como puede ser apreciado en anteriores líneas, estos criterios no fueron ajenos al pensamiento de Michelet, quien consideró a los pueblos susceptibles de ser clasificados como animales, aunque juzgó al más evolucionado de todos como una nación-persona: Francia (Stanovský, 2018: 67).

Cabe señalar que el lenguaje metafórico dio a Michelet la posibilidad de dotar de valor simbólico a distintas afirmaciones plasmadas en sus obras (Stanovský, 2018: 68), ejemplo de ello es la atribución de rasgos humanos para representar la excelencia de Europa e indicar su superioridad frente a otros continentes. El gusto de este historiador francés por tal tipo de recursos ha sido señalado por Petitier, quien recuerda que fue llamado *señor símbolo* por algunos de sus discípulos debido a su costumbre de utilizarlos, es decir, «Michelet vê symboles em tudo» (Petitier, 2013: 68), incluso, en la historia a la cual concibió como «... a process of symbolisation and desymbolisation» (Crossley, 1993: 218). Esta visión le permitió proponer, en el plano de la metodología de la investigación, la interpretación de los textos antiguos partiendo de considerar muchas de sus afirmaciones como imágenes que recubren los hechos históricos (Petitier, 2013: 69), por tal motivo, para el estudioso galo el «... trabalho do historiador consiste, então, em decifrar a linguagem cheia de imagens dos povos antigos, a *des-simbolizá-la*, para extrair daí o conhecimento do passado» (Petitier, 2013: 69). Sin embargo, este no circunscribió su trabajo con símbolos al ámbito de la investigación histórica, pues también los usó como estrategia didáctica en sus labores docentes, ya que reconocía la importancia de las imágenes en la comprensión y la memorización de los sucesos; por tal motivo recomendó que las ideas no fuesen expresadas de forma abstracta, sino mencionando hechos capaces de llamar la atención de los estudiantes (Petitier, 2013: 75).

6. DIVERSA APTITUD DE LOS ESPACIOS GEOGRÁFICOS PARA EL MOVIMIENTO

Aquella metafórica y simbólica descripción de Europa, inexacta, fantasiosa y, al mismo tiempo, exquisita¹⁷, no agota su finalidad en lo estético, sino también busca enfatizar la aptitud de este continente para el *mouvement* —«... combien n'annonce-t-elle pas à l'oeil plus d'aptitude au mouvement?», manifestó Michelet (1831: 13)—. En anteriores páginas ya ha sido señalado que la contrariedad entre Europa y Asia gira en torno a la aptitud de tales espacios geográficos para facilitar la obtención de la libertad humana (Michelet, 1831: 13 y ss.); esta idea fue

17. Esta inexactitud deriva del mismo uso del lenguaje metafórico, por cuanto este permitió al autor alejarse del estricto ámbito físico y adentrarse en el simbólico, el cual —en múltiples oportunidades— requiere el uso de la fantasía, de la imaginación.

formulada por Michelet partiendo de la premisa de que si existen animales más aptos que otros para realizar ciertos movimientos e idiomas que –por sus propias características– responden de mejor manera a las múltiples necesidades de la mente, también hay áreas geográficas mejor dispuestas que otras para la consecución de la libertad al estar provistas de golfos y de puertos, al ser cruzadas por valles y ríos, y al estar delimitadas de forma más acabada por montañas y mares (Michelet, 1831: 12-13).

Si bien en el pensamiento de este historiador galo hay seres más aptos que otros para alcanzar determinadas finalidades debido a la tenencia de algunas cualidades específicas, no explicó de forma expresa, con exactitud y detenimiento –pues solamente lo hizo a través de muy breves indicaciones– por qué la posesión de ciertos accidentes geográficos convierte a un lugar en más apto para la obtención de algún fin –un caso concreto fue señalado anteriormente–, pero sí indicó que tales áreas «... ont été dessinées sur un plan plus heureux...» (Michelet, 1831: 12-13); ello posibilita creer que la obtención de la libertad no es simplemente fruto del esfuerzo humano basado en la voluntad, sino también de la existencia de un plan que lo trasciende, de un destino, de una fatalidad. Esta paradoja, en virtud de la que aquella es alcanzada por disposición de su opuesto, permite apreciar un elemento de naturaleza dialéctica –o «basic dialectical structure», en términos de Gossman (2013: 7)– en la exposición de Michelet, el cual autoriza a reflexionar sobre el posible vínculo con la filosofía de Hegel (Abranches, 1951: 242)¹⁸, quien sobre el particular elaboró una visión muy propia (Gadamer, 2000: 11) en la que el ser surge de su contrario, el no-ser (Silveira, 2013: 12). Es conocido el interés de Michelet por el pensamiento de Vico, el cual poseía importantes diferencias con el de Hegel; a pesar de ellas, sus filosofías de la historia fueron amalgamadas por los napolitanos hegelianos (De Arcangelis, 2019: 235) y la recepción europea de las ideas del último con frecuencia estuvo acompañada del interés por el pensamiento del primero (De Arcangelis, 2019: 227). Ello muestra una escena cultural que permite comprender el acercamiento a ambos por parte de Michelet, quien entró en contacto con el pensamiento de Hegel debido a su condición de alumno de Cousin, conocido partidario de su filosofía de la historia que atendió tales ideas en sus conferencias dictadas en 1824 (Nacci, 2020: 125; De Arcangelis, 2019: 229). Son variados los aspectos en los que ha sido apreciada la influencia hegeliana en Michelet, así, por ejemplo, en su visión del Oriente (Pfoh, 2020: 20) y en la concepción de la historia como proceso colectivo y objetivo, con una progresión de carácter lineal basada en la dialéctica (De Arcangelis, 2019: 229; Mali, 2012: 36). Dichos elementos del pensamiento hegeliano pueden ser rastreados sin problemas en la *Introduction à l'Histoire Universelle*. Sin embargo, existen

18. Por su lado, Troeltsch considera que la dialéctica «... no es otra cosa que la doctrina que sostiene la identidad de los términos antagónicos preservando la plena realidad de sus antagonismos» (Troeltsch, 1961: 153).

interpretaciones las cuales, a pesar de la similitud existente, consideran que Michelet no poseía un pensamiento dialéctico (Petitier, 1997: 74; véase cita n.º 16) o que este no era de corte hegeliano. En tal sentido Pintacuda de Michelis plantea, en primer lugar, el alejamiento del estudioso francés de la filosofía de Hegel; en segundo lugar, si aquel realmente comprendió a plenitud tal pensamiento o si efectuó una interpretación reductiva de este, y, en tercer lugar, la falta de correspondencia entre las dialécticas de Hegel y Michelet, pues la del último posee un carácter perpetuamente abierto entre los opuestos y no existe su síntesis, ni tampoco algún equilibrio estático (Pintacuda de Michelis, 1980: 847-848).

Además, conviene señalar que la mayor o menor aptitud de los lugares para alcanzar una determinada finalidad –arriba señalada– fue defendida por otros escritores del siglo XIX, entre quienes pueden ser mencionados, en primer lugar, De Angeli, quien en su obra *Compendio di storia universale antica* afirmó que Asia era el continente más extenso y mejor favorecido por la naturaleza (De Angeli, 1871: 20); que Europa poseía un suelo y un clima que imponían al ser humano la realización de una actividad constante (De Angeli, 1871: 108), ya que el «... terreno non coltivato non dava nulla: lavorato assiduamente dava quanto bastasse» (De Angeli, 1871: 114), y que Italia había sido destinada a ser una gran y potente nación, debido: primero, a su ubicación geográfica en medio del mar que une Asia, África y los países más fértiles de Europa; segundo, a la posesión de significativos recursos naturales; tercero, a su gran cantidad de costas y de ciudades cercanas al mar, y, cuarto, a un suelo que ofrece gran cantidad de productos si es trabajado continuamente (De Angeli, 1871: 224-225). Y, en segundo lugar, conviene recordar a De Müller, quien sostuvo, antes de que Michelet publicara aquella obra, que Italia estaba destinada por la naturaleza al imperio del mundo (De Müller, 1830: 167).

En las páginas de la *Introduction à l'histoire universelle* puede ser observada la especial aptitud para aquel movimiento en las características físicas de Europa (véase Petitier, 1997: 17), indicadas por Michelet al exponer sobre los pueblos de la Antigüedad, algunas de las cuales señaló con mal disimulado entusiasmo: «Remarquez sur ce corps admirable les puissantes nervures qui se prolongent des Alpes aux Pyrénées, aux Crapaks, à l'Hémus...» (Michelet, 1831: 13). Paralelamente, de Grecia recordó la variedad «... de ses monts et de ses torrens, de ses caps et de ses golfes, dans la multiplicité de ses courbes et de ses angles» (Michelet, 1831: 13). Ahora bien, las unidades de relieve europeas transmutadas en *puissantes nervures* (Michelet, 1831: 13) por la frondosa imaginación del intelectual galo constituyen la prueba física de aquella aptitud para el *movimiento*, sin embargo, con la finalidad de resaltar sus cualidades por medio del contraste, este las comparó con la geografía africana, más específicamente, la egipcia. En el siglo XIX, Egipto atrajo la atención de los europeos, por lo que no es extraño encontrar obras de distintos estudiosos que destinaron algunas de sus páginas a tratar aspectos de su geografía e historia. Uno de ellos fue Whitaker, quien, en su *An abridgement of universal history*, señaló sus límites, la manera en que fue dividido durante los días de la Antigüedad, su clima, la fertilidad de su suelo, la periódica inundación

del Nilo, la utilización de obras hidráulicas para el mejor aprovechamiento de las aguas de este río (Whitaker, 1817: 183-184) y el uso de ingenios como el nilómetro (Whitaker, 1817: 185), entre otros aspectos. De esta época, también conviene recordar el siguiente verso de Barthélemy y Méry, en el cual fueron mencionados el desierto y el río Nilo, los dos elementos más resaltantes de la geografía egipcia: «C'est en vain que du Nil le désert nous sépare...» (Barthélemy y Méry, 1828: 189).

Ahora bien, tal comparación entre las geografías europea y norafricana no fue aconsejada explícitamente por Michelet, sino que subyace sutil y calladamente en su recomendación de efectuar una mirada de tan grande amplitud que abarcara, al mismo tiempo, a Europa y a su vecino del sur: «Regardez-la en face de la ligne immobile et directe de l'uniforme Égypte...» (Michelet, 1831: 13-14; sobre la atención que Michelet dispensó a Egipto en la *Introduction à l'histoire universelle*, véase Berréhar, 1997: 26). Las afirmaciones de una línea inmóvil y de una uniforme región norafricana llevan a pensar en la idea de rectitud, la cual fue señalada por Estrabón en la Antigüedad como una cualidad del litoral mediterráneo de África desde Alejandría hasta las Columnas de Hércules, salvo excepciones como las Sirtes y algunos pocos golfos y cabos (Str., 2, 5, 33).

Seguramente la línea, a la que se refirió el estudioso francés, es la perteneciente en buena medida a la costa egipcia donde, a través de su delta, el Nilo vierte sus aguas en el Mediterráneo (véase Bolaños González, 2003: 78) luego de recorrer gran cantidad de kilómetros, muchos de ellos a través del ardiente desierto, que es el accidente geográfico más resaltante del norte del continente africano, tal como reconocieron Brusa y Cajani con los siguientes términos: el «... primer elemento que golpea a quien observa un mapa de África es la presencia del Sahara...» (Brusa y Cajani, 2005: 14).

La uniformidad de Egipto fue un juicio emitido por Michelet muy probablemente influido por la presencia de este desierto el cual, indudablemente, dotó a la geografía norafricana de un carácter constante y poco variable, de una imagen homogénea, inmóvil y hasta monótona, tal como reconoció expresamente De Torres Luna, quien manifestó que los «... paisajes topográficos de carácter marcadamente aplanado confieren una gran monotonía a buena parte del África del hemisferio norte donde el desierto del Sahara los personaliza bien» (De Torres Luna, 1996: 13). Además, la forma que aquella costa posee en un mapa pudo aparecer ante los ojos de un hombre de la decimonónica centuria como algo recto e inmóvil frente a la riqueza de formas ofrecida por la costa sur europea, criterio en cuya formación pudo influir no solamente la opinión, existente desde el siglo XVI, según la cual África era una región poseedora de un marcado carácter horizontal (Relaño, 1993: 177), sino también el pensamiento de Estrabón, quien creía que mientras Europa era poseedora de formas variadas, Libia carecía de ellas (Str., 2, 5, 18). Además, esta visión fue compartida por otros estudiosos del siglo XIX, entre ellos De Angeli, quien, tiempo después de la publicación de la *Introduction à l'histoire universelle*, se refirió a la uniformidad de la tierra africana, la cual se manifestaba, entre otras cosas, en la existencia de costas con

depresiones de menor entidad, en la posición de sus montañas, en la existencia de un gran desierto de arena en su parte central, en la uniformidad del clima, en el menor número de especies vegetales y animales que allí habitaban en comparación con otras regiones del planeta y en la presencia de seres humanos con la misma fisonomía, los mismos hábitos (De Angeli, 1871: 53) y «... tutti d' un colore dal nero ai bruno» (De Angeli, 1871: 53).

Si bien aquella visión de la geografía africana expuesta por Michelet fue, en buena parte, consecuencia de la observación de los mapas decimonónicos (véase Petitier, 1997: 95), como él mismo deja ver en alguna línea colocada inmediatamente después de formular aquella aseveración¹⁹, también fue producto de la recepción del espíritu generalizador presente en el pensamiento científico moderno –subyacente en la naturaleza inductiva del método científico que permite pasar de lo particular a lo general o universal (Beck, 1968: 14. Véanse, también: Chalmers, 1987: 11 y ss.; Lafuente Ibañez y Marín Egoscózábal, 2008: 6, entre otros)– que en tales años ya era incorporado en algunas áreas del conocimiento humano como las hoy día consideradas ciencias sociales (Palacio, 2005: 44; además, este mismo criterio fue sostenido por Gómez Mendoza, Muñoz Jiménez y Ortega Cantero, 1982: 23), debido a la búsqueda en estos ámbitos de modelos de pensamiento propios de los estudios naturales (Petitier, 1997: 166-117; Séginger, 2019: 1). De tal forma, este método inductivo –surgido tiempo atrás– dio ciertos pasos de la mano de bienintencionados y esforzados intelectuales quienes trataron de aplicarlo, de distintas maneras y con variado éxito, en sus estudios e investigaciones. Así, gracias a su influencia, y a la simplificación que exige la confección de mapas, el paisaje africano cedió ante una visión generalizadora que atendió solamente a la uniformidad de los grandes rasgos, como la presente en las líneas costeras, especialmente, las mediterráneas.

La uniformidad de Egipto y, por ende, la inmovilidad africana frente al movimiento presente en Europa, defendidas por Michelet, pueden ser mejor comprendidas tomando en consideración la existencia de dos rasgos básicos de la geografía de aquel: por una parte, el ya mencionado desierto (Bussmann, 2024: 41), compuesto por el *libico* –ubicado al oeste de Egipto–, el cual ofrece un paisaje donde imperan las dunas de color claro, y por el rojizo *arábigo*, ubicado hacia el este (Bolaños González, 2003: 79; Bussmann, 2024: 47-48; Gil Benumeya, 1949: 58), y, por otra, el río Nilo (Gates, 2011: 79), vía de comunicación de primer orden (Moreno García, 2008: 196), cuyas crecidas periódicas y lentas aportaban los elementos básicos para la vida en aquellos lugares durante la Antigüedad (Bolaños González, 2003: 81-84; Castillos, 2011: 40-41; Muñoz-Santos, 2015: 156), cualidades que lo hicieron merecedor de gran reconocimiento en aquellos lejanos tiempos (Bolaños González, 2003: 84; Castillos, 2011: 42; Muñoz-Santos, 2015: 156-160). El desierto y el río confirieron una imagen homogénea y poco variada a aquellos

19. Refiriéndose a Grecia: «... elle s'agite et scintille sur la carte...» (Michelet, 1831: 14).

espacios e hicieron posible una dicotomía advertida desde hacía milenios –el valle del río versus el desierto–, la cual los antiguos egipcios representaron por medio de la oposición de los dioses Osiris y Seth (véase Bolaños González, 2003: 76), el primero de los cuales fue recordado por Michelet junto a su hermana esposa Isis (Orr, 1976: 50). Tales cualidades de la geografía africana, muy posiblemente inaceptables para seguidores de algunas interpretaciones actuales, debieron mostrarse con claridad meridiana a los ojos de Michelet y otros contemporáneos suyos, por cuanto África era todavía un continente con lugares desconocidos y misteriosos para el hombre europeo –circunstancia que, desde mucho tiempo atrás, había permitido la existencia de una cartografía imaginaria (Relaño, 1993: 174)–, entre los que pueden ser recordados aquellos donde se encontraban las fuentes mismas del Nilo, como admitió este mismo historiador francés al afirmar que tal río descendía «... de monts inconnus...» (Michelet, 1831: 10); al respecto, cabe señalar que, si bien tales fuentes eran un asunto por el que los antiguos griegos habían mostrado interés (Muñoz-Santos, 2015: 158), habría que esperar al siglo XIX para que Burton y Specke llevaran a cabo la proeza de descubrirlas (Muñoz-Santos, 2015: 161). Además, los hombres europeos tanto de la Antigüedad como de la Modernidad reconocieron la escasez de conocimientos sobre África, entre los cuales pueden ser nombrados Estrabón y Di Vallemont; este último reconoció expresamente que se sabía muy poco de esta zona del mundo, sobre todo de su parte sur (Di Vallemont, 1714: 309), mientras el primero sostuvo que la mayoría de los pueblos pertenecientes a Libia eran desconocidos, puesto que tal región no había sido todavía transitada por viajeros ni expedicionarios militares y los relatos de sus habitantes no eran completos ni creíbles (Str., 2, 5, 33).

Por tanto, esta carencia de un conocimiento integral y profundo del territorio africano fue un factor que dificultó apreciar su variedad de paisajes y, paralelamente, facilitó concebirlo como un continente homogéneo e inmóvil frente a una Europa cuya variedad de accidentes geográficos, conocida desde antaño, permitió asociarla con el movimiento arriba señalado. Entonces, frente a un continente europeo, cuyos distintos y heterogéneos paisajes lo hacen un espacio favorable para la lucha del hombre por alcanzar la libertad, se yergue una homogénea y recta geografía africana, de cuya inmovilidad se deducía su falta de aptitud para facilitar el triunfo en aquella confrontación, idea que remite al criterio de Estrabón, quien sostuvo que la variedad de formas poseída por Europa la hacía más favorable para la superioridad tanto de hombres como de regímenes políticos (Str., 2, 5, 26).

Ahora bien, si los continentes involucrados en la lucha del hombre contra la naturaleza fueron principalmente Asia y Europa, llama poderosamente la atención que, a pesar del contraste establecido entre ellos, Michelet no acudiera nuevamente a tal contraposición para resaltar los rasgos físicos de este último continente –los cuales demuestran su mayor aptitud para el movimiento–, sino que haya establecido la comparación con África, espacio geográfico que –salvo el caso egipcio– no tuvo participación en dicho combate. Ahora bien, la aptitud europea para el movimiento –frente a la carencia que África tiene de ella– explica que la

dirección este-oeste de tal combate, después de haber partido de Asia, no haya arribado a tierras africanas –salvo el caso egipcio–, sino a Europa.

Por último, las diferencias entre las geografías europea y africana, las cuales justificaban la mayor aptitud de la primera para impulsar el progreso y la libertad del ser humano, pudieron servir también de fundamento a la opinión –expresada, entre otros, por Jules Ferry en 1885– según la cual un gran servicio prestó Francia a Argel cuando la tomó militarmente, pues tal circunstancia facilitó llevar los beneficios de la civilización al norte de África (Quintana Moraira, 2025: 219). Tal campaña bélica se volvió representativa de la expansión francesa por África en el siglo XIX (Hernández Chanamé, 2024: 118), aunque su idea había surgido mucho tiempo atrás, habiéndose popularizado luego de la anexión de Córcega en 1768 (Lignereux, 2023: 275). Tal empresa fue llevada a cabo a mediados de 1830, aunque su proyecto había sido aprobado previamente por el Gobierno francés a fines de enero del mismo año (Hayet, 2016: 34; Lignereux, 2023: 281; Llabrés, 1946: 226), lo cual significa que ocurrió en los días que Michelet daba sus primeros pasos en la redacción de su *Introduction à l'histoire universelle* que contiene aquella visión de la geografía africana; y su publicación ocurrió en abril de 1831, es decir, pocas semanas después de que, en febrero del mismo año, un tratado nombrara comandante de toda la provincia de Orán –salvo Mers el Kébir– al príncipe Ahmed Bey, a cambio del pago de un tributo a Francia y del compromiso de proteger a los europeos, especialmente a los franceses, establecidos en la región (Hayet, 2016: 39-40).

7. CONCLUSIÓN

En la *Introduction à l'histoire universelle*, el espacio geográfico presenta dos rasgos básicos: el primero, su condición de parte de la naturaleza, pues Michelet la considera compuesta por este y la *raza*, indicando ello que es esencialmente la materia, lo físico –criterio ya conocido en la Ilustración–; por tanto, la geografía participa en la confrontación con el hombre, quien alcanzará la victoria, pero no en días de la Antigüedad. El segundo rasgo es el carácter relativo de la movilidad por cuanto, si bien la geografía es inmóvil en el sentido de que siempre está presente –es decir, que perpetuamente está allí–, al mismo tiempo es completamente móvil porque sus componentes son objeto de movimiento –específicamente, de tipo espacial– y su influencia sobre el ser humano implica actuar y este actuar es mover, es decir, constituye movimiento –aunque no necesariamente de carácter espacial–.

Además, el estudioso francés juzga que el combate humano contra el entorno evolucionó partiendo del este asiático en dirección al oeste, lo cual constituye un claro movimiento espacial que se dirige a Europa. Esta larga marcha culmina en Francia, tierra libre por excelencia, en días que no pertenecen a la Antigüedad. Ahora bien, aquel recorrido –mencionado por autores de la época como Cantú, Marini y Schlosser– permite a Michelet presentar de manera dual a los diversos pueblos del mundo en los que detiene su mirada, dentro de una dualidad geográfica todavía

más amplia constituida por Europa y Asia en la que opera una verdadera contrariedad que gira en torno a la aptitud para facilitar la libertad humana. Esta oposición permitió al historiador galo comparar ambos continentes, de manera similar a como procedieron Bernier a fines del siglo XVII, Anquetil-Duperron en el XVIII y De Angeli en el XIX. El contraste generalista efectuado por Michelet partió de una realidad geográfica –la existencia de tres penínsulas ubicadas hacia el Mediodía en cada uno de tales continentes–, la cual rápidamente abandonó para atribuir –de la misma manera que hicieron autores de la Antigüedad– características humanas a Europa y, específicamente, a Francia. Paralelamente, a otros continentes comparó con animales y a otros países europeos concedió un distinto tratamiento, pues a Alemania la concibió como país y a Inglaterra como imperio. Con este lenguaje metafórico, Michelet dotó a sus afirmaciones de un gran valor simbólico.

Esta descripción de Europa buscó enfatizar su aptitud para el movimiento –concepción que junto a la de progreso estuvieron presentes en el ambiente cultural de la época–, de la cual eran prueba física sus propias unidades de relieve a las que comparó con las africanas, tierras muy poco atendidas por este estudioso francés y por el mundo intelectual de aquellos días.

8. BIBLIOGRAFÍA

8.1. Obras de la Antigüedad

Estrabón (1877), *Geographica*, Augustus Meineke (ed.), Lipsiae: Teubner.

Hipócrates (1868), *Hippocrates Collected Works*, W. H. S. Jones (ed.), Cambridge: Harvard University Press.

Plinio el Viejo (1906), *Naturalis Historia*, Karl Friedrich Theodor Mayhoff (ed.), Lipsiae: Teubner.

8.2. Bibliografía moderna y contemporánea

Abranches, Cassiano (1951), «Dialéctica do ser», *Revista Portuguesa de Filosofia*, 7(3), pp. 241-252.

Alderete, Matías (2023), «El siglo XIX como el siglo del orientalismo», *Redes de Extensión*, 10(2), pp. 128-154.

Aliste, Enrique y Nuñez, Andrés (2015), «Las fronteras del discurso geográfico: el tiempo y el espacio en la investigación social», *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 47(2), pp. 287-301, <https://doi.org/10.4067/S0717-73562015005000023>

Aramini, Aurélien (2017), «La philosophie de la nation chez Jules Michelet», *Archives de philosophie*, 1(80), pp. 75-97.

Aspin, Jehoshaphat (s/f), *A systematic analysis of Universal History, from the Creation to the present time*, vol. 1, Liverpool: Caxton Press.

Barthélemy, Auguste Marseille y Méry, Joseph (1828), *Napoléon en Égypte. Poème en huit chants*, 5.^a ed., Paris: Ambroise Dupont et Cie. Librairies.

Basabe Martínez, Nere (2010), *Del Imperio a la Federación: la idea de Europa en Francia, 1800-1848* (Tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense de Madrid).

- Beck, Heinrich (1968), «Concepto y presupuestos gnoseológicos del método inductivo», *Anuario Filosófico*, 1, pp. 11-19, <https://doi.org/10.15581/009.1.30521>
- Belaval, Yvon (1968), «Vico et l'anticartésianisme», *Les Études philosophiques*, 3-4, pp. 311-325.
- Benkada, Saddek (2004), «Savoirs militaires et modernité urbaine coloniale. Le rôle des ingénieurs du génie dans la transformation des villes algériennes: le cas d'Oran (1831-1870)», *Insaniyat*, 8(1), pp. 135-150.
- Berr, Henri (2006), «Avant-propos. Action du milieu et exploitation de la Terre», en Lucien Febvre, *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, Saguenay.
- Berréhar, Marie Hélène (1997), *François-Xavier Garneau et Jules Michelet: figures du peuple*, Montréal: Centre d'études québécoises (Céтуq), Département d'études françaises, Faculté des arts et des sciences, Université de Montréal.
- Bloch, Marc (1931), *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Paris: Les Belles Lettres.
- Bodin, Ioannis (1627), *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, Argentorati: impensis haeredum Lazari Zetzneri.
- Bodin, Ioannis (1674), *Les six livres de la République*, Lyon: Imprimerie de Jean de Tournes.
- Bolaños González, José Iván (2003), «El Valle del Nilo: de la Geografía al mito», *Cuadernos Geográficos*, 33, pp. 75-103.
- Boucheron, Patrick (dir.) (2017), *Histoire mondiale de la France*, Paris: Du Seuil.
- Braudel, Fernand (1949), *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris: Armand Colin.
- Brusa, Antonio y Cajani, Luigi (2005), «África y la historia mundial: las dificultades historiográficas y didácticas de una adecuada contextualización», *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*, 19, pp. 3-18.
- Buffon, Georges Louis Leclerc, comte de (1799), *Histoire Naturelle*, Paris: P. Didot l'ainé et Firmin Didot.
- Bussmann, Richard (2024), *The archaeology of Pharaonic Egypt. Society and culture, 2700-1700 BC*, Cambridge y New York: Cambridge University Press.
- Caixeta de Carvalho, Erick; Rudiger Lopes, Frank; Cordeiro Alves Martins, Luís Henrique y Vidal Yoshimatu, Pedro Mitsugui (2018), «Tradições abandonadas. Como "O Povo" revela a França de Michelet», *Epígrafe*, 5(5), pp. 9-23.
- Cantero, Estanislao (2009), «La ideología anticatólica de un historiador: Jules Michelet», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, 15, pp. 95-131.
- Cantú, Cesare (1854), *Historia Universal. Tomo I. Tiempos antiguos*, Nemesio Fernández Cuesta (trad.), Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig.
- Caponi, Sandra (2007), «Sobre la aclimatación: Boudin y la geografía médica», *História, Ciências, Saúde*, 14(1), pp.13-38.
- Cariño, Micheline; Monteforte, Ananda y Moreno Terrazas, René (2022), «De la historia ambiental/ecológica a las ciencias humanas ambientales», en Pedro Urquijo, Adi Lazos y Kariene Lefebvre (eds.), *Historia ambiental de América Latina. Enfoques, procedimientos y cotidianidades*, México: Universidad Autónoma de México, pp. 41-60.
- Carroll, David (1998), «The Art of the People: Aesthetic Transcendence and National Identity in Jules Michelet», *Boundary 2*, 25, 1, pp. 111-137, <https://doi.org/10.2307/303938>
- Carson, Rachel (1962), *Silent spring*, Boston: Houghton Mifflin.

- Castillo Sarmiento, Alma Yislem; Suárez Gélvez, John Hermógenes y Mosquera Téllez, Jeremy (2017), «Naturaleza y sociedad: relaciones y tendencias desde un enfoque eurocéntrico», *Luna Azul*, 44, pp. 348-371, <https://doi.org/10.17151/luaz.2017.44.21>
- Castillos, Juan José (2011), «El Nilo y el antiguo Egipto», *RSUE*, 28, pp. 39-46.
- Cepeda Sánchez, Hernando (2020), «El precio de ser nación: choque simbólico entre chinos e ingleses en el siglo XIX», en Diana Andrea Gómez Díaz y Hernando Cepeda Sánchez (eds.), *Entre osos y dragones. Miradas transdisciplinarias sobre las realidades de Asia*, Centro editorial de la Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 54-79.
- Chalmers, Alan Francis (1987), *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*, 5.ª ed., Madrid: Siglo XXI.
- Clare, Patricia y Meléndez, Silvia (2012), «Articulaciones entre Ecología Política, Geografía Histórica e Historia Ambiental: Paisaje y Poder», *Espaciotiempo*, 5(7), pp. 65-82.
- Copleston, Frederick (2001), *Historia de la Filosofía, Vol. 1. Grecia y Roma*, Barcelona: Ariel.
- Cox, Allan y Hart, Robert Brian (1986), *Plate tectonics. How it works*, Cambridge: Blackwell Scientific Publications.
- Creyghton, Camille M. H. G. (2016), *La survivance de Michelet: Historiographie et politique en France depuis 1870* (Tesis, Amsterdam: Universiteit van Amsterdam).
- Crossley, Ceri (1993), *French historians and romanticism. Thierry, Guizot, the Saint-simonians, Quinet, Michelet*, London y New York: Routledge, <https://doi.org/10.4324/9780203328934>
- Cruz Andreotti, Gonzalo (2004), «La geografía griega como espacio político», *Geographia antiqua*, 13, pp. 9-20.
- Cudris-Guzmán, Líder E. y Rucínque, Héctor F. (2003), «La interacción hombre-naturaleza: Vigencia de una de las temáticas más entrañables de la tradición geográfica», *GeoTrópico*, 1(1), pp. 66-76.
- De Angeli, Felice (1871), *Compendio di storia universale antica*, Milano: Serafino Muggiani e comp.
- De las Casas, Bartolomé (1967), *Apologética Historia Sumaria*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Démeunier, M. Jean Nicolas (1776), *L'esprit des usages et des coutumes des différents peuples*, Londres y París: Pissot.
- De Müller, Giovanni (1830), *Storia Universale*, vol. 2, Gaetano Barbieri (trad.), Napoli: R. Marotta e Vanspandocci.
- De Torres Luna, María del Pilar (1996), «África. Reflexión geográfica sobre su población y compartimentación territorial», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VI, Geografía*, 9, pp. 11-37, <https://doi.org/10.5944/etfvi.9.1996.2542>
- De Vogel, Cornelia Johanna (1957), *Greek philosophy. A collection of texts*, vol. 1, *Thales to Plato*, Leiden: Brill.
- Delgado, Ovidio (2001), «Geografía, espacio y teoría social», en Gustavo Montañez et. al., *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 39-66.
- Di Vallemont, Pierre Le Lorrain (1714), *Gli elementi della storia ovvero ciò che bisogna sapere della Cronologia, de la Geografia, del Blasone, della Storia Universale, della Chiesa del Vecchio Testamento, delle Monarchie Antiche, della Chiesa del Nuovo Testamento e delle Monarchie Novelle*, vol. 1, Venezia: Girolamo Albrizzi.

- Diels, Hermann y Kranz, Walther (1960), *Die Fragmente Der Vorsokratiker*, vol. 1, Berlín: Weidmannsche Verlagsbuchhandlung.
- Donzelli, Maria (1981), «La conception de l'histoire de J.-B. Vico et son interprétation par J. Michelet», *Annales historiques de la Révolution française*, 53(246), pp. 633-658, <https://doi.org/10.3406/ahrf.1981.4272>
- Duque, Félix (2014), *Filosofía de la técnica de la naturaleza*, Medellín: Fondo Editorial ITM.
- Dutra Gomes, Rodrigo (2009), «Aspectos do determinismo científico e a geografia», *Terra Livre*, año 25, 1, 32, pp. 77-91.
- Ehrlich, Paul (1968), *The population bomb*, New York: Ballantine Books.
- Ellacuría, Ignacio (1990), *Filosofía de la realidad histórica*, San Salvador: Uca editores.
- Ernst, Carl (2009), «¿El Occidente y el Islam? Repensar el orientalismo y el occidentalismo», *Istor, Revista de Historia Internacional*, 10(38), pp. 123-139.
- Falck Reyes, Melba (2004), «La apertura de China y Japón en el siglo XIX», *México y la Cuenca del Pacífico*, 7(21), pp. 18-29.
- Falconer, William (1781), *Remarks on the influence of climate, situation, nature of country, population, nature of food, and way of life. On the disposition and temper, manners and behaviour, intellects, laws and customs, form of government, and religion, of mankind*, London: C. Dilly.
- Febvre, Lucien (1997), *Le Rhin: histoire, mythes et réalités*, Paris: Perrin.
- Febvre, Lucien (2006), *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, Saguenay, <https://doi.org/10.1522/24850012>
- Ferguson, Adam (1789), *An essay on the history of civil society*, Basil: J. J. Tourneisen.
- Foucault, Michel (1968), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid: Siglo XXI.
- Fraile, Guillermo (1997), *Historia de la Filosofía*, vol. 1, *Grecia y Roma*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Frankel, Henry (2012a), *The continental drift controversy*, vol. I, *Wegener and the Early Debate*, Cambridge: Cambridge University Press, <https://doi.org/10.1017/CBO9780511842368>
- Frankel, Henry (2012b), *The continental drift controversy*, vol. IV, *Evolution into Plate Tectonics*, Cambridge: Cambridge University Press, <https://doi.org/10.1017/CBO9781139095938>
- Gadamer, Hans Georg (2000), *La dialéctica de Hegel. Cinco ensayos hermenéuticos*, M. Garrido (trad.), 5.^a ed., Madrid: Cátedra Teorema.
- García González, José Antonio (2005), «El determinismo ambiental en dos autores clásicos: Hipócrates y Heródoto», *Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 27, pp. 307-329.
- Gates, Charles (2011), *The archaeology of urban life in the Ancient Near East and Egypt, Greece, and Rome*, 2.^a ed., London y New York: Routledge.
- Gil Benumeña, Rodolfo (1949), «El África del Nilo», *Cuadernos de Estudios Africanos*, 5, pp. 57-69.
- Gómez Mendoza, Josefina; Muñoz Jiménez, Julio y Ortega Cantero, Nicolás (1982), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*, Madrid: Alianza.
- Gossman, Lionel (1974), «The Go-Between: Jules Michelet, 1798-1874», *MLN*, 89(4), pp. 503-541.
- Gossman, Lionel (2010), «Jules Michelet and Romantic Historiography», en George Stade (ed.), *Scribner Writers Online - European Writers Collection*, pp. 1-57.

- Gossman, Lionel (2013), «Foreword», en J. Michelet, *On History: Introduction to World History (1831); Opening Address at the Faculty of Letters, 9 January 1834; Preface to History of France (1869)*, Flora Kimmich, Lionel Gossman y Edward K. Kaplan (trads.), Cambridge: Open Book Publishers. <https://doi.org/10.11647/OBP.0036.01>
- Haac, Oscar A. (1985), «La Révolution comme Religion: Jules Michelet», *Romantisme*, 50, pp. 75-82, <https://doi.org/10.3406/roman.1985.4754>
- Hardin, Garrett (1968), «The Tragedy of the Commons», *Science*, New Series, 162, 3859, pp. 1243-1248.
- Hayet, Aloui (2016), «Le protectorat Tunisien à Oran et Constantine (1830-1831): quelles perspectives?», *Oussour Al Jadida*, 24-25, pp. 32-48.
- Hernández Chanamé, Max (2024), «Dinámicas de poder: la presencia de Francia, China y Rusia en África», *Política Internacional*, 135, pp. 115-136.
- Hernán Zapata, Horacio Miguel (2016), «La enseñanza de la Historia del Cercano Oriente Antiguo: Repensando las categorías de tiempo, espacio y cultura», *Revista de Historia y Geografía*, 35, pp. 125-154, <https://doi.org/10.29344/07194145.35.348>
- Herrera Ángel, Marta (2004), «Historia y geografía, tiempo y espacio», *Historia Crítica*, 27, pp. 1-12, <https://doi.org/10.7440/histcrit27.2004.09>
- Hirschberger, Johannes (1954), *Historia de la Filosofía*, vol. 1, *Antigüedad, Edad Media, Renacimiento*, Barcelona: Herder.
- Iovino, Serenella (2019), «Pensar lo impensable. Las humanidades ambientales como discurso de liberación», *Ecología Política*, 57, pp. 8-15.
- Kinser, Samuel (1981), «Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel», *The American Historical Review*, 86(1), pp. 63-105.
- Kissami Mbarki, Ahmed (2018), «Oriente y Occidente: dos conceptos a debate», *Revista Académica liLETRad*, 4, pp. 447-456.
- Lafuente Ibañez, Carmen y Marín Egoscózábal, Ainhoa (2008), «Metodología de la investigación en las ciencias sociales: fases, fuentes y selección de técnicas», *EAN*, 64, pp. 5-18, <https://doi.org/10.21158/01208160.n64.2008.450>
- Lee, Grégory (2006), «La representación de los chinos en el imaginario de los occidentales», *Anuario Asia-Pacífico*, 1, pp. 381-388.
- Leszczyna, Dorota María (2021), «La vida como una posibilidad limitada. El problema de la libertad en José Ortega y Gasset», *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, 26(1), pp. 27-41, <https://doi.org/10.24310/Contrastescontrastes.v26i1.8414>
- Lignereux, Aurélien (2023), «Algiers, the Last Napoleonic Conquest», en Thomas Dodman y Aurélien Lignereux (eds.), *From the Napoleonic Empire to the Age of Empire. Empire after the Emperor*, New York: Palgrave Macmillan, pp. 273-292.
- Llabrés, Juan (1946), «Mahon y la expedición francesa a Argel en 1830, con algunas otras noticias marítimas de Menorca en aquellos días (Fragmentos del diario inédito de D. Francisco Aledo)», *Revista de Menorca*, pp. 224-235.
- Machiavelli, Niccolò (1864), *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Firenze: G. Barbèra.
- Magalhães da Silva, Erick Patrick (2024), *Carlos Magno como Símbolo de Civilização: Uma Análise da Historiografia de François Guizot e Jules Michelet e sua Influência na Construção do Discurso Civilizatório Europeu (século XIX)* (Trabajo realizado para obtener el grado de Mestre(a), no Curso de Pós-Graduação em História, Seropédica: Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro).
- Mali, Joseph (2012), *The Legacy of Vico in Modern Cultural History. From Jules Michelet to Isaiah Berlin*, Cambridge y New York: Cambridge University Press.

- Marcovich, Miroslav (1967), *Heraclitus. Texto griego y versión castellana*, Mérida: Universidad de Los Andes.
- Marini, Girolamo Maria (1836), *Sommario della Storia Universale*, Roma: Tipografia Boulzaler.
- Marques dos Santos, Afonso Carlos (2001), «Nação e História: Jules Michelet e o paradigma nacional na historiografia do século XIX», *Revista de História*, 144, pp. 151-180, <https://doi.org/10.11606/issn.2316-9141.v0i144p151-180>
- Martínez-Pinna, Javier (2019), *La inmortalidad en el antiguo Egipto*, Barcelona: Luciérnaga.
- Marx, Karl (1974), «La dominación británica en la India», *The New York Daily Tribune*, 3804, del 25 de junio de 1853, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escogidas, en tres tomos*, vol. 1, Moscú: Progreso.
- Michelet, Jules (1831), *Introduction à l'histoire universelle*, París: Librairie classique de L. Hachette.
- Michelet, Jules (1864), *Bible de l'humanité*, París: F. Chamerot.
- Michelet, Jules (1875), *Tableau de la France. Géographie physique, politique et morale*, París: A. Lacroix et C^e Éditeurs.
- Monod, Gabriel (1894), *Renan, Taine, Michelet*, París: Calmann Lévy Éditeur.
- Monod, Gabriel (1923), *La vie et la pensée de Jules Michelet 1798-1852, Tome premier, Les débuts-La maturité*, París: Librairie ancienne Honoré Champion.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, Baron de la Brède et de (1787), *Considerations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, Londres: s/n.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, Baron de la Brède et de (1844), *De l'esprit des lois*, París: Didot.
- Moreno García, Juan Carlos (2008), «Egipto y los desiertos circundantes a la luz de los nuevos hallazgos (IV-III milenios a. de C.)», *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 18, pp. 187-204.
- Munn, Mark (2006), *The Mother of the Gods, Athens, and the Tyranny of Asia. A Study of Sovereignty in Ancient Religion*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Muñoz-Santos, María Engracia (2015), «Egipto es un don del Nilo: La inundación analizada desde el punto de vista griego», *Cadernos do LEPAARQ*, 12(24), pp. 153-164.
- Murphy, Susana B. (2005), «Racialidad, colonialismo y arqueología en el siglo XIX», en *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario: Universidad Nacional del Rosario y Universidad Nacional del Litoral, pp. 1-9.
- Nacci, Michela (2020), «Il carattere di Jules Michelet», en Michela Nacci (ed.), *Nazioni come individui. Il carattere nazionale fra passato e presente*, Firenze: Firenze University Press, pp. 123-143, <https://doi.org/10.36253/978-88-5518-160-0.08>
- Olmos, Carlos (2015), «Revisitando las fuentes y conceptos fundamentales de la filosofía de Heráclito de Éfeso», *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, 6, pp. 25-43, <https://doi.org/10.69967/07194773.v1i6.146>
- Orr, Linda (1976), *Jules Michelet. Nature, History, and Language*, Ithaca y London: Cornell University Press.
- Ott, Auguste (1841), *Manual de historia universal, Primera parte, Historia antigua*, tomo I, D. Abogado (trad.), Madrid: Gabinete literario.
- Palacio, Germán (2005), «Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia», *Tareas*, 120, pp. 29-65.
- Pérez Largacha, Antonio (2015), «Algunas reflexiones sobre Gilf Kebir, el desierto occidental y los orígenes de la cultura egipcia», *Baede, Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 24, pp. 89-110.

- Pérez Medina, Simón Vladimir (2024), «Rasgos de la concepción de antigüedad de Jules Michelet contenidos en su *Introduction à l'histoire universelle*», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 32, pp. 197-292.
- Petitier, Paule (1997), *La Géographie de Michelet. Territoire et modèles naturels dans les premières oeuvres de Michelet*, París y Montréal: L'Harmattan.
- Petitier, Paule (2013), «Michelet and the History-Resurrection», *Olho d'água*, 5(2), pp. 63-78.
- Pfoh, Emanuel (2010), «Una deconstrucción del pasado de Israel en el Antiguo Oriente: hacia una nueva historia de la antigua Palestina», *Estudios de Asia y África*, 45(3), 143, pp. 669-697, <https://doi.org/10.24201/ea.v45i3.1995>
- Pfoh, Emanuel (2020), «Imaginar a Medio Oriente desde Occidente. Orientalismo, historiografía, geopolítica», en Mariela Cuadro y Damián Setton (coords.), *Estudios sobre el Medio Oriente desde América Latina. Perspectivas desde el sur*, Buenos Aires: Clacso, Seil, pp. 19-31.
- Pintacuda de Michelis, Fiorella (1980), «Alle origini della "Histoire totale": Jules Michelet», *Studi Storici*, 21(4), pp. 835-854.
- Piulats Riu, Octavi (2020), «Sobre el mito de Osiris», *Raphisa. Revista de Antropología y Filosofía de lo Sagrado*, 7, pp. 59-78, <https://doi.org/10.24310/Raphisa.2020.v4i1.11216>
- Prado, Helbert Medeiros y Sereni Murrieta, Rui Sérgio (2020), «As bases teóricas da ecologia humana em sua dimensão bioantropológica: escolas clássicas, evolucionismo e teorias dos sistemas», *Tessituras*, 8(2), pp. 192-217.
- Quintana Moreira, Juan Luis (2025), «Las relaciones entre Francia y Argel: Las múltiples versiones de le coup'éventail (1827)», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 38, pp. 214-229.
- Relaño, Francesc (1993), «Los grandes mitos geográficos de la cartografía africana en el siglo XVI», *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 13, pp. 173-199.
- Robert, Jean Noël (1996), *De Roma a China. Por la ruta de la seda en tiempos de la Roma antigua*, Barcelona: Herder.
- Roldán Hervás, José Manuel (1975), *Introducción a la Historia Antigua*, Madrid: Itsmo.
- Rubio de Miguel, Isabel (2001), «Las primeras investigaciones del Próximo Oriente y la formación del paradigma difusionista en la investigación prehistórica», en Joaquín María Córdoba Zoilo, Rafael Jiménez Zamudio y Covadonga Sevilla Cueva (eds.), *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, pp. 81-95.
- Saminadayer-Perrin, Corinne (2012), «La Méditerranée de Michelet (1830-1833): paradoxes de l'universel», en *L'invention littéraire de la Méditerranée au XIXème siècle*, Geuthner; MSH-M, pp. 173-188.
- Sánchez de Rojas Díaz, Emilio (2017), «Un caso de estudio: la cuenca del Nilo», *Cuadernos de Estrategia*, 186, pp. 207-258.
- Sánchez González, Mónica Elivier (2017), «La bruja: una memoria veteroeuropea a través del historiador Jules Michelet», *Ra Ximhai*, 13(1), pp. 89-100, <https://doi.org/10.35197/rx.13.01.2017.06.ms>
- Sánchez Mejía, María Luisa (2008), «Europa ante el espejo asiático: el debate sobre el *despotismo oriental* en el siglo XVIII», *Revista de Estudios Políticos*, 139, pp. 79-106.
- Sanmartín, Joaquín y Serrano, José Miguel (1998), *Historia Antigua del Próximo Oriente*, Madrid: Akal.

- Santander Oliván, Mario (2009), «Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China», *Gerónimo de Uztáriz*, 25, pp. 27-46.
- Sanz Merino, Noemí (2008), «La apropiación política de la ciencia: origen y evolución de una nueva tecnocracia», *CTS*, 10(4), pp. 85-123.
- Schlosser, Friedrich Christoph (1828), *Histoire Universelle de l'Antiquité*, tomo I, Marie-Philippe-Aimé De Golbéry (trad.), París: F. G. Levrault.
- Schreiner, Michelle (2005), *Jules Michelet e a História que Ressuscita e dá Vida aos Homens. Uma leitura da emergência do «povo» no cenário historiográfico francês da primeira metade do século XIX* (Tesis doctoral, Campinas: Universidade Estadual de Campinas).
- Séginger, Gisèle (2019), «Michelet et La Mer. Biologie et philosophie de l'histoire», *Arts et Savoirs*, 12, pp. 1-11, <https://doi.org/10.4000/aes.2187>
- Silveira, María Laura (2013), «Tiempo y espacio en geografía: dilemas y reflexiones», *Revista de Geografia Norte Grande*, 54, pp. 9-29, <https://doi.org/10.4067/S0718-34022013000100002>
- Stanovský, Jaroslav (2018), «Tableau de la France de Jules Michelet: espace géographique, historique ou poétique?», *Echo des études romanes*, 14, 1-2, pp. 59-69, <https://doi.org/10.32725/eer.2018.006>
- Troeltsch, Ernst (1961), «La dialéctica hegeliana», Roberto Torretti (trad.), tomado de Ernst Troeltsch, *Gesammelte Schriften*, Dritter Band, *Der Historismus und seine Probleme, Erstes Buch, Das logische Problem der Geschichtsphilosophie*, Aalen: Scientia, pp. 243-277 (Reimpresión de la edición aparecida en 1922 en la Editorial J. C. B. Mohr –Paul Siebeck– de Tübingen).
- Urquijo, Pedro (2022), «Consideraciones para una aproximación a la historia ambiental», en Pedro Urquijo, Adi Lazos y Kariene Lefebvre (eds.), *Historia ambiental de América Latina. Enfoques, procedimientos y cotidianidades*, México: Universidad Autónoma de México, pp. 21-41.
- Urteaga, Luis (1993), «La teoría de los climas y orígenes del ambientalismo», *Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, 18(99), pp. 1-36.
- Vencent, Hélène (2023), «The Scientific Appropriation of the World: The Imperial Legacy in Naval Officer Training», en Thomas Dodman y Aurélien Lignereux (eds.), *From the Napoleonic Empire to the Age of Empire. Empire after the Emperor*, New York: Palgrave Macmillan, pp. 111-126.
- Viallaneix, Paul (1971), «Le Héros selon Michelet», *Romantisme*, 1-2, pp. 102-110, <https://doi.org/10.3406/roman.1971.5377>
- Viallaneix, Paul (1975), «Les silences de l'histoire», *Romantisme*, 10, *Michelet cent ans après*, pp. 49-61, <https://doi.org/10.3406/roman.1975.4998>
- Viallaneix, Paul (1979), «Michelet, machines, machinisme», *Romantisme*, 23, pp. 3-15, <https://doi.org/10.3406/roman.1979.5246>
- Viallaneix, Paul (1995), «Michelet: le magistère de l'historien», *Cahiers de l'Association internationale des études françaises*, 47, pp. 247-264, <https://doi.org/10.3406/caief.1995.1874>
- Whitaker, Edward William (1817), *An abridgement of universal history*, vol. 1, London: T. C. Hansard.
- White, Hayden (1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, S. Mastrangelo (trad.), México: Fondo de Cultura Económica.
- Yount, Lisa (2009), *Alfred Wegener: creator of the continental drift theory*, New York: Chelsea House.